

# XLI

Raquel Huete Iglesias



Derechos de autor: © Raquel Huete Iglesias, 2016  
E-mail: raquelhuete@hotmail.com

Diseño de la portada: Frank J. Triguero  
Fotografía de la portada: Frank J. Triguero

**Quedan rigurosamente prohibidas, bajo la sanción establecida en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.**

*A Michalis y Nicolás-Gabriel, mis  
pequeños y más grandes maestros.*

*Y a Frank, mi ángel, el centro de mi  
vórtice.*

# Índice

15 de agosto, viernes .....	9
16 de agosto, sábado.....	19
17 de agosto, domingo .....	29
18 de agosto, lunes .....	39
19 de agosto, martes.....	49
20 de agosto, miércoles .....	57
Primer acto .....	57
Segundo acto .....	63
21 de agosto, jueves .....	69
 SEGUNDA PARTE.....	 79
15 de agosto, viernes .....	81
16 de agosto, sábado.....	93
17 de agosto, domingo .....	99
18 de agosto, lunes .....	107
19 de agosto, martes.....	115
20 de agosto, miércoles .....	123
Primer acto .....	123
Segundo acto .....	130
21 de agosto, jueves .....	133
 TERCERA PARTE .....	 141
15 de agosto, viernes .....	143
16 de agosto, sábado.....	153
17 de agosto, domingo .....	159
18 de agosto, lunes .....	169
19 de agosto, martes.....	179
20 de agosto, miércoles .....	191
Primer acto .....	191
Segundo acto .....	204
21 de agosto, jueves .....	211

# **PRIMERA PARTE**



# 15 de agosto, viernes

A las siete de la mañana el despertador quebró puntualmente el silencio del dormitorio de Martí. La alarma, sin embargo, no le anunciaba el inicio de un día laborable cualquiera pues lo que iba a pasar hoy sería el preludio de una catástrofe. Y es que en cuestión de unos días le iban a explotar en la cara dos verdades como puños: por un lado, iba a descubrir que la franqueza no tenía por qué ser insalubre, por mucho que algunos se empeñaran en hacérselo creer; por el otro, se vería obligado a admitir que bastaba creer en la posibilidad de ser feliz para que una mano divina apareciera de la nada a arrancarle todo ese contento de un zarpazo, y dejarle en su lugar un vacío inconmensurable acompañado por la consecuente duda sobre la existencia de cualquier Dios.

El sonido que emitía el dispositivo era el típico de un reloj antiguo, monótono e invariable. Con el paso de los años había pasado a sentir aversión hacia él debido a una simple cuestión de conductismo: odiaba tener que madrugar para ir al instituto, o a su faena, como era el caso durante estas vacaciones veraniegas. Además, el chico tenía un espíritu tan flemático y delicado que le encantaba ser despertado con melosidad exagerada, mimos y arrumacos a ser posible. Por eso cuando aquella alarma diabólica le asaltaba por las mañanas su corazón reaccionaba con una tremenda sacudida de palpitaciones, y toda aquella sangre recién inyectada siempre acababa concentrándose en sus sienes para afligirle punciones severas semejantes a puros mazazos.

Palpó la mesa hasta encontrar el dichoso cacharro y lo enmudeció de un manotazo. Esperó entonces abstraerse de nuevo en el mutismo que tanto le agradaba, pero en su lugar oyó con fastidio la lluvia encabritada sacudiendo el cristal de su ventana. En el acto se disgustó. Solo existía una circunstancia en la que se permitía

regocijarse con una tormenta, ni que fuera veraniega: cuando no tenía que salir de casa y podía disfrutar del hermoso espectáculo desde su guarida. Tener que conducir la moto bajo la lluvia era un fastidio, no solo porque el chubasquero difícilmente evitaba que el agua le calara hasta los huesos sino porque además algunos tramos de las calles por las que tenía que circular se inundaban, lo que le obligaba a escoger rutas alternativas. Y la verdad, su sentido de la orientación era realmente nefasto.

Para colmo recordó que era viernes. Había pasado toda la semana ansiando acercarse al parque después del trabajo. Tenía pensado sentarse en un banco a leer un buen libro y levantar la vista de vez en cuando para observar a la gente pasar. Lo hacía cuando se sentía confuso, que solía ser a menudo. Veía parejas de enamorados pasear cogidos de la mano, besándose entre carantoña y achuchón. Algunos se sentaban en un banco contiguo al de él a amartelarse sin reserva ni preocupación de que algún espectador fortuito presenciara sus ostensibles muestras de amor. Realmente, envidiaba la laxitud con que la gente exhibía sus sentimientos de afecto, a veces incluso de pasión, e imaginaba que él llegaba a ser como ellos. Porque si algo deseaba de verdad en este mundo era llegar a encajar en el complicado puzzle que la sociedad había troquelado a su conveniencia con el paso de los años. Aquella tormenta, sin embargo, le obligaría a olvidar sus planes de ese viernes. La gente no pasea cuando llueve, ni se sienta a leer buenos libros en los bancos, ni se envidian los unos a los otros porque están demasiado ocupados quejándose de todo.

Desazonado, se dirigió a la ventana para estimar la magnitud de la catástrofe. Quizás fuera casualidad, cavilaba junto a la ventana, que aquel día tan especial para él hubiera amanecido apagado y afligido, como su alma. Le parecía que las nubes sentían lástima por su angustia y se compadecían de él respondiendo a sus plegarias con la elegía de una plañidera. Un gorrión posado sobre la rama del falso plátano que se divisaba a través del cristal le oteaba sacudiendo la cabeza, probablemente a la espera de que la lluvia aflojara para acechar a algún insecto apetecible que llevarse al pico. Un desecho, la broza de un sembrado, la semilla que nunca germinaría. Él se sentía mucho menos que eso porque en su mente todo su cuerpo,



sus órganos y vísceras, su tejido muscular, su grasa, sus cartílagos y tendones, sus huesos, su piel, todo lo que podría servirle de sustento a cualquier animal famélico se había vuelto putrefacto. Tantos años de silencio encarroñan a cualquier organismo. Y es que hoy, el día de su decimoctavo cumpleaños, su tristeza cumplía además una decena de veranos. Por eso solo deseaba un único regalo de cumpleaños, y eso que era consciente de que sería absolutamente inalcanzable. Aquella noche cuando soplara las velas de su tarta pediría a Dios que le concediera el deseo de volver atrás en el tiempo para borrar el día de su octavo cumpleaños, el fatídico día en que, sin quererlo ni pretenderlo, había confesado en el colegio que no era como los demás niños.

Lo había hecho solo porque no era consciente sobre la excepcional naturaleza de su propia sexualidad, un crío nunca puede serlo. Pero tan solo le bastaron unas milésimas de segundo para darse cuenta de que había algo malo en lo que acababa de decir. Y no iba errado pues a esa confesión sucedieron varios episodios desagradables que le amargaron la existencia en clase hasta que todo derivó en el inevitable cambio de escuela. Entonces Martí supuso que solo enterrando su secreto en lo más profundo de sus entrañas podría volver a empezar de cero. Desconocía que la entidad de aquel secreto tenía vida propia, y que lejos de reducirse a la nada por permanecer oculto, se mantenía al acecho para saltarle a la yugular a la mínima de cambio y recordarle así que seguía ahí, esperando. De modo que el chico creció discurriendo sobre si debía confiar su secreto vergonzante a los demás o callar para debilitar a la bestia interior que le turbaba la existencia. Y cuando quiso darse cuenta ya se había habituado a asirse a su secreto y también a odiarlo con toda su alma. Justo hasta este viernes 15 de agosto, en que su silencio cumplía diez años y la rigidez con que el mundo le encorsetaba estaba a punto de ahogarlo.

La ducha de agua fría apenas le ayudó a sentirse mejor. Se vistió y se plantó frente al espejo a acicalarse el pelo sin prestar mucha atención a lo que hacía, como por inercia. Cada día se pasaba largo tiempo retocándose con espuma y gel extra fijador. Intentaba darle un efecto despreocupado y moderno, algo que disimulara la mediocridad de la que se creía poseedor por el mero hecho de

haber nacido con cabello lacio. Luego se pasaba cera por el largo flequillo que le caía a mechones desiguales por debajo de las cejas en un intento de camuflar la redondez de sus ojos hoscos. Todo lo solía hacer con gran esmero, pero aquel día no prestó a la tarea la usual dedicación sino que lo hizo de forma totalmente mecánica. Luego inspiró profundamente, se veía casi listo para afrontar un nuevo día. Aunque en realidad nunca lo estaba del todo.

El pasillo que conducía a la cocina era interminable. En Barcelona ya solo quedaban viviendas con pasillos así de largos en la zona de Gracia donde, desafortunadamente para Martí, la gente era de ideas fijas y conocidas, enemiga de las tendencias demasiado innovadoras. Aún meditabundo, con los pensamientos hundidos en la miseria de su destino, oyó a medio camino la voz de su padre lamentándose estérilmente:

—No sé qué vamos a hacer con él —mascullaba Fermín irritado—. De verdad que ya no sé... Mira que hemos intentado de todo, pero nada da resultado.

Martí quiso escuchar a sus padres a escondidas, aunque ya sospechaba cuál era el objeto de la discusión.

—¿Pero en serio creías que ibas a cambiarle así como así? Además, que no te viene de nuevas. ¿O no te avisé cuando era chiquitín que te fueras preparando? Pero tú ni caso: que mi hijo ni hablar, que antes tú muerto que pasar esa vergüenza... Pues hala, ahora te lo comes con patatas.

—Esto es culpa de tantos libros —replicó Fermín—. Si es que estas novelas antiguas lo vuelven a uno tonto, no sé por qué se las dejas leer. Tú tienes la culpa, siempre haces lo que te da la gana.

—¿Yo? Cariño, no te equivoques. El mundo no está hecho de números como tú crees, ni es de color blanco y negro. A ver cuándo te enteras que también hay otras tonalidades, y que sin ellas nos perderíamos la verdadera belleza de la naturaleza.

—Que sí, que sí... ya me conozco el rollo ese. ¿Pero es que no

ves que precisamente son estos tonos raros los que van en contra de la naturaleza? Definitivamente fue un error castigarlo sin fútbol el año pasado. Eso era lo único que me lo estaba controlando un poco. Pero ahora, después de un año sin estar en contacto con la gente normal ¿qué esperas?

—Oye, ¿pero no fuiste tú mismo quien decidió castigarlo así?

—¿Y yo cómo iba a saber que la cosa empeoraría tanto en un año?

—Pero ¿por qué dices eso? La cosa está igual que siempre. Lo único que ha cambiado es que por fin te estás dando cuenta de lo que hay.

—De eso ni hablar. De haber, no hay nada, que lo sepas. Así que no me tengo que dar cuenta de nada. ¡De nada!

—¡Sssssh! Baja la voz que te va a oír el chico.

—Lo que pasa es que está en una edad que tiene la cabeza hecha un lío. Si te digo yo que al menos el fútbol me lo tenía por el buen camino...

—Bueno, pues como mañana lo vas a llevar a ver el partido como regalo de cumpleaños, ya no te tienes que preocupar. Hala, tema solucionado.

—¿Solucionado? Más quisiera yo solucionar esto con un partidito. Aquí hace falta toda una liga, más bien.

—¡Ah, y oye! te recuerdo que no fue por este tema, que tuvimos que castigarlo, sino por las matemáticas. No mezcles las cosas.

—Da igual, por una cosa o por otra. El resultado es el mismo. Tendríamos que haberle puesto otra sanción... Dejar de salir con esa amiguita suya, que nos la encontramos hasta en la sopa. Eso es lo que tendríamos que haberle obligado a hacer, escarmentarlo con algo que le doliera de verdad.

Martí no pudo aguantar más y carraspeó para anticipar su entrada en escena dejando claro que había sido testigo de la conversación. En aquel momento le habría vendido el alma al diablo a cambio de hacerles ínfimamente partícipes del dolor que sentía. Que su conciencia les atacara sin miramientos, eso es lo que se merecían. Ellos se miraron desconcertados por la sorpresa y reaccionaron de inmediato levantándose y exclamando efusivamente al unísono:

—¡Felicidades!

Martí permanecía visiblemente enojado. Cada vez que oía sin querer una conversación del estilo sentía el mundo derrumbándose ante sus propios ojos. No podía evitarlo.

—¿Y qué tal se levantó hoy el señor? ¿Has dormido bien? — Fermín quiso tantear el terreno con disimulo mientras se volvía a acabar el desayuno que había dejado a medias.

No obstante, Martí se sentó a la mesa sin contestar. Tomó el paquete de cereales para verterlo sobre el bol que tenía delante y lo sacudió tan enérgicamente que dejó una alfombra de restos esparcidos sobre la mesa. Tal vigorosidad provocó la perplejidad de sus padres, que se miraron con estupor unos instantes sin saber cómo reaccionar mientras un silencio inquietante asolaba el lugar. Luego tomó la cuchara quedándose allí inmóvil, deshecho.

—¿No comes?

—No me apetece. —Y apartó el bol de su vista—. No tengo hambre.

—Vaya... —Se sentía culpable así que permaneció en silencio durante unos minutos tratando de resolver la mejor manera de calmar la tensión que se había establecido entre ellos. Pero no tuvo tiempo; Fermín se le había adelantado, y no precisamente para bien:

—¿Qué vas a hacer hoy para celebrar tu cumpleaños? ¿Te irás de fiesta con tus amigos? —Dos codazos consecutivos buscaban

complicidad masculina.

—Déjame, padre —se quejó Martí incómodo.

—¡Vaya mala uva traes esta mañana! ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, déjame en paz.

—Vaya con el niño. Nos ha salido contestón. ¡Pues perro ladrador poco mordedor! ¡Y quien se pica, ajos come! —Su cónyuge le lanzó una mirada de reconvención que obvió para seguir interrogando—. Bueno, entonces qué, ¿sales o no esta noche? Tendremos que saberlo para lo de la tarta... No me digas que quedarás otra vez con tu amiga la latosa.

—No es latosa —protestó el chico una vez más.

—Bueno, lo que tú digas. Pero ¿saldrás con ella otra vez, o no?

—Pues no, está con su madre de acampada. Y no la llames así, ya te he dicho que no me hace nada de gracia.

—Te has levantado demasiado quisquilloso, tú. No me negarás que la pobre chica es más pesada que un submarino a remos...

—¡Basta! —Ese poco tacto fue la gota que acabó de colmar el vaso.

—Bueno, tampoco hay que ponerse así...

—¿Así cómo? —estalló Martí finalmente, con manifiesta indignación—. ¿Qué tal te sentirías tú si yo me metiera en tus asuntos como tú te metes en los míos? ¿Si tus propios padres cuchichearan sobre ti a tus espaldas? Sobre tu vida privada. ¿Qué pensarías de ellos si se atrevieran además a juzgarte y si te dieras cuenta de que no les importa cuánto estás sufriendo cuando lo hacen? ¿Cómo te pondrías tú, padre?

Martí arrancó a llorar de impotencia pero se contuvo en

seguida. Se sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó los mocos con él después de secarse las lágrimas que todavía rodaban por su rostro. Cuando Fermín se dio cuenta de lo que acababa de provocar se sintió medio avergonzado y trató de eximirse.

—No sabía que te sintieras así...

—Déjalo ya, Fermín. El niño tiene toda la razón. —Martí, que aún sorbía mucosidades, sintió cierto alivio. Parecía que alguien en aquella casa empezaba a entender parte de su congoja—. Lo siento, mi niño. De verdad siento en el alma que nuestra actitud te haya hecho sentir tan mal —Tras unos segundos de silencio se sentó a su lado, le agarró de la barbilla girando su cara hacia la suya, le miró directamente a los ojos y le dijo—: Cariño, ya es hora de que dejes el miedo a un lado, abras tu corazón y digas lo que pasa por esa cabecita tuya. —Dibujando una sonrisa comedida desbarató aún más el flequillo de su hijo al frotárselo con la mano, como para quitarle importancia al asunto.

Martí le retiró la mano muy molesto. Ahora tendría que volver a peinarse y además, éste era un tema demasiado importante como para tratarlo con tal ligereza. Miró al suelo, inmovilizado una vez más, hundido en la incertidumbre y el miedo a posibles represalias si admitía lo que le preocupaba. Empezó a debatir en esa cabecita suya las ventajas e inconvenientes de rebelar el más oculto de sus secretos, aquél que se había hecho dueño de su vida y de su libre albedrío tras tantos años de silencio. Su rostro se llenó de preocupación y angustia, sentía que estaba a punto de lanzarse literalmente al vacío. Los dedos sudorosos de sus manos se entrelazaban nerviosamente como si tuvieran vida propia mientras él los observaba ausente. El temor siguió apoderándose de sus pensamientos hasta que ya no pudo resistir más la presión y movió la cabeza de lado a lado, negándose a sí mismo. Al ver la obvia indecisión de Martí sus padres se incorporaron, uno con la decepción grabada en la cara, el otro con aire casi victorioso.

—¡Un momento! —gritó el joven aún cabizbajo. No quería dejar que la oportunidad de ser franco se le escapara de las manos de nuevo. Había tenido que esperar diez años a que llegara este

momento y no iba a desperdiciar un segundo más.

Inmediatamente se armó de valor. Por primera vez en su vida quería atreverse a dar un paso adelante, pues solo atreverse ya le suponía un esfuerzo sobrehumano. Irguió la cabeza y colando su mirada temerosa entre uno de los varios mechones del flequillo que le surcaban la frente buscó los ojos de sus padres. Y al encontrarlos, por primera vez en su vida les soltó el peso que cargaba sobre su espalda desde que tenía noción de conciencia:

—Yo... no soy como vosotros... Yo..., no soy gay.

Tras haber confesado al fin lo hasta entonces inconfesable, Martí volvió a agachar la cabeza abatido por la truculencia de su verdad mientras sus padres Fermín y Tito, visiblemente conmovidos, advertían en su hijo una lágrima rebelde deslizarse mejilla abajo. La prueba que delataba una amarga desesperación y que les salpicaba el corazón al caer al suelo.

Tito se acercó a Martí para abrazarlo y consolarlo, y le susurró al oído:

—No tengas miedo. Siempre te querré, mi niño.





# 16 de agosto, sábado

Para el partido de fútbol Martí se colocó la camiseta de su equipo. Se la habían regalado sus padres el año anterior junto a unas playeras y un bañador, también del Barça, además del balón oficial de la copa mundial de Alemania de 2006, el Teamgeist. Estaba empeñado en coleccionar todos los balones oficiales que pudiera conseguir, y si era una reliquia lógicamente le hacía aún más ilusión. Pero por la camiseta sentía verdadera devoción porque llevarla le hacía sentir muy especial y porque además, hasta ahora no había podido estrenarla en ningún encuentro a causa de las dichas matemáticas. Concluía así un año muy duro para él durante el que no solamente había tenido que sustituir sus emocionantes visitas semanales al estadio por miserables retransmisiones a través del plasma insulso, sino también convivir en un entorno doméstico lleno de hostilidades y discordia, o al menos más aún de lo habitual. Por una vez en la vida Dios había intercedido a su favor al convencer a Fermín de que con ese castigo estaba dando palos de ciego. Y no solo eso. A partir de ahora, el fútbol ayudaría a prevenir a su hijo de jugar a médicos y enfermeras, eufemismo con el que se solía referir en casa a la «anormalidad» de sus tendencias sexuales.

Cuando los padres de Martí hablaban sobre él estando este presente, empleaban este tipo de jerga inventada por Fermín para que él no se diera cuenta. El chico se daba perfectísima cuenta pero se limitaba a seguirles la corriente porque no quería entrar en conflictos innecesarios. El caso es que, como además Fermín era gran aficionado a los refranes populares, insistía en reformularlos ridícula e improvisadamente según le fuera menester para adecuarlos a lo que le conviniera comunicar en ese instante, de manera que muchas veces ni siquiera Tito lograba desentrañar el significado de aquellos jeroglíficos.

El día que Martí supo que por fin podría volver a visitar el campo del Barça, apenas un par de semanas atrás, fue precisamente una de esas ocasiones. Se encontraban los tres cenando en el comedor, charlando y riendo entre cucharada y cucharada de gazpacho a la vez que miraban de reojo la película del sábado noche, una historia romántica sobre un chico y un hombre bastante mayor cuyo amor no se atrevían a proclamar a causa de la diferencia de edad entre ambos. Antes de que se dieran cuenta, Martí y Fermín ya estaban debatiendo sobre el controvertido tema: mientras al primero le parecía injusto que los protagonistas no pudieran estar juntos por una razón tan absurda como aquella, el segundo alegaba que en un mundo injusto, el que clamaba por la justicia era hombre para poco. Martí añadió entonces, y a pesar de que estaba defendiendo justo lo contrario de lo que él mismo se atrevía a hacer, que en un caso así debería uno armarse de valor y gritar su amor a los cuatro vientos. A lo que Fermín contestó, una vez más, con un simple refrán: no vencía quien era valiente si pecaba por indecente. Harto de que su padre mencionara continuamente dichos populares en sus discursos y alegatos, Martí decidió devolverle la jugada: tras reiterarle que en realidad daba igual si estos admitían o no su amor ante los demás porque las palabras a veces eran innecesarias, le lanzó una de sus frases célebres favoritas: el alma que hablar puede con los ojos también puede besar con la mirada. Fermín se disgustó de inmediato al hacer Martí referencia a otro de los escritores antiguos que, según él, habían lavado la cabeza de su hijo. Inmediatamente se dirigió a su marido soltándole una retahíla de refranes yuxtapuestos:

—Mira qué te digo, Tito: hasta aquí hemos llegado. Quien quita la ocasión quita el pecado y como las cosas de palacio van demasiado despacio, te juro como que me llamo Fermín que me agarro a un clavo ardiendo aunque muera en el intento ¡hostia! Al pan, pan y al vino, vino. Así que hala, cada boticario a su botica —a lo que añadió como conclusión: —¡Me cago en todo!

Todo aquello quería decir que ya estaba cansado de esperar a que el niño aprobara las matemáticas y que era hora de levantarle el castigo para enviarlo de vuelta al fútbol, que se le estaba desviando

demasiado con tanto libro heterosexual. Tito respondió con un simple: —Muy bien, pues ahora vas y se lo dices a Rita, que lo que se da no se quita— que en realidad no significaba nada pero se podía interpretar como un: «Déjate estar de tonterías y tómate el gazpacho».

Y así Martí se componía ahora delante del espejo rebosante de felicidad, observando el reflejo de su imagen con la misma desafección de siempre pero percibiéndolo a cambio de un modo muy distinto. De repente hoy no veía su rostro tan macilento, ni su enjutez tan acusada, ni se sentía tan mediocre como de costumbre. En resumen, hoy se veía menos patético. Vomitar la verdad, por muy truculenta que fuera, había resultado más terapéutico que los diez últimos años de tratamiento psicológico.

En cuanto terminó bajó complacido a encontrarse con Fermín, que le esperaba ya en el coche dando bocinazos impacientes. Habían decidido salir pronto de casa para evitar quedar atrapados en el denso tráfico que se esperaba aquella tarde y de paso, con un mucho de suerte, encontrar aparcamiento cerca del estadio. Entró en el automóvil y cerró la puerta con sumo cuidado, tal como exigía Fermín. Fuera el aire aún olía a limpio por la lluvia del día anterior y ese sábado aquel olor depurado se hacía sentir especialmente agradable.

Sentado al lado de su padre, le miraba de reojo mientras éste conducía y pensaba en lo bien que se había tomado la noticia del día anterior. Había pasado muchos años haciéndose su propia película sobre cómo se iba a desarrollar aquella conversación con sus padres, reproduciendo en su mente millones de versiones diferentes sobre un mismo cortometraje. La trama siempre era idéntica pero cuando llegaba al final su inconsciente terminaba precipitando la historia hacia un melodramático desenlace en el que Fermín se echaba las manos a la cabeza y lloraba histriónicamente su desgraciado destino.

Entonces rebobinaba la historia y trataba de crear una versión más edulcorada, pero por mucho que lo intentara su inconsciente

desatinado acababa volviéndole a traicionar porque para Martí era imposible concebir a un Fermín comprensivo y transigente.

Este había recibido de pequeño una estricta educación misógina que le había instruido su respectivo progenitor, Simplicio, de forma disciplinaria y en ocasiones también punitiva. Y aunque él de mayor nunca se había declarado abiertamente como heteróforo ni había querido educar a Martí con la misma rectitud disciplinaria, sí realizaba con cierta frecuencia comentarios burlones acerca de los micos, que es como llamaban los homosexuales a los heterosexuales en tono despectivo por abreviación de misandriacos. Por eso a Martí le había sorprendido tanto que su padre hubiera reaccionado de forma tan positiva. La verdad es que no terminaba de creérselo.

—¡No me lo puedo creer! —Fermín arrancó a Martí de los pensamientos en los que se encontraba absorto. Había encontrado un aparcamiento diminuto a tan solo unas manzanas del estadio y llevaba una amplia sonrisa estampada en la cara.

—Va a ir un poco justo... —replicó Martí escéptico.

—No hombre, no. Ya verás como entra.

—No sé yo...

—No seas pesado, hijo. ¿Qué te tengo dicho? Que árbol que no da fruto, para la leña.

Esa era la particular manera que tenía Fermín de advertirle que uno en la vida tiene que ser más positivo, aunque él no fuera precisamente un modelo a seguir. Así que durante los 5 minutos siguientes, Martí hizo caso y observó pacientemente las numerosas maniobras que su padre tuvo que realizar hasta lograr estacionar el vehículo. Su obcecación le parecía menos tediosa que exasperante, aunque en cierto modo admirable pues pocas personas habrían siquiera considerado la posibilidad de dedicar tanto afán a una labor tan quimérica. Pero así era Fermín. Allá donde veía una tarea imposible, allá que se lanzaba. Y sin duda, cuando se empecinaba en

algo hablar con él era predicar en el desierto. Por eso su marido Tito, que lo sabía mejor que nadie porque llevaba toda la vida sufriendo su tozudez, había aprendido a coger la sartén por el mango. Cuando las terquedades de Fermín le ofuscaban el entendimiento solo tenía que reprocharle el atropello de Apolo, el bóxer de su hermano Roberto. Hacía ya muchos años de eso —por entonces Martí ni siquiera había nacido aún—, pero Tito sabía que mencionar aquel fatídico episodio era lo único que podía detenerle porque aún se sentía culpable por lo sucedido.

Si no hubiera insistido tanto en querer adiestrar al cachorro... Pero es que en aquel documental que había visto por la televisión parecía tan fácil: primero compraría una de esas cajitas que, al apretar un botón, hacían un sonido de doble click para atraer la atención del perrito, entonces se metería unas buenas salchichas en la riñonera —cortadas a pedacitos como habían explicado en aquel programa—, y apretaría el botón de la caja justo antes de darle un cacho de comida. Así Apolo asociaría ese sonido a un premio por su buena conducta. Y una vez aprendido esto, todo iría rodado: le enseñaría a reconocer su nombre, a sentarse, a echarse, a detenerse, todo lo básico.

Roberto tenía suficiente dinero para permitirse los mejores adiestradores profesionales, tantos como le viniesen en gana, pero había accedido sobre todo por amor a su hermano, que se pasó días suplicándole que hiciera lo que estuviera en su mano por evitar rencillas con la familia. Huelga añadir que su rehúso habría sido tajante de haber sabido que el mismo día en que dejaba a Apolo en manos de Fermín, su cachorro se debatiría entre la vida y la muerte. Para la primera lección de adiestramiento Fermín había elegido el parque cercano a su casa en vez de quedarse en un lugar cerrado y tranquilo como habría hecho un adiestrador profesional. Apolo se asustó con el sonido de una bocina, escapando a tal velocidad que el coche con el que se topó apenas pudo reaccionar. Tuvieron suerte de que ese día Antonio, el marido de Roberto, justo patrullaba por la zona y lo llevó de urgencias a la veterinaria más competente y prestigiosa de Barcelona.

Fue ella, la doctora Ana Bonfiglio, quien le salvó la vida a Apolo. Y quizás incluso también a Fermín, porque de haber fallecido el cachorro nadie sabía lo que pudiera haber acontecido, con tal desmesura lo amaba Roberto. En fin, se podía decir que el bóxer había llevado una vida feliz aunque ciertamente sosegada. —La ausencia de su cuarta pata no le permitía grandes ajetreos— pero Fermín nunca se perdonó por aquel incidente tan desafortunado (tampoco lo hicieron Roberto ni Tito).

Su tozudez, no obstante, quedaría intacta porque en cierto modo era parte inherente de su ser. Si la hubiera perdido aquel día también se habría ido con ella la verdadera esencia de su persona, su lado más entrañable. Ese que le hacía sentirse vencedor e invulnerable, un superhéroe de cómic capaz de hacer posible lo inverosímil, de pasar de la simple potencialidad al más puro ipso facto, de conseguir prácticamente todo lo que se interpusiera entre su terquedad y su buen juicio (incluso aparcar su vehículo a unas manzanas del campo en un espacio irrisorio de tan menudo).

De camino al estadio Martí estaba tan entusiasmado que no se percató de la preocupación manifiesta en el rostro de su padre, quien le seguía unos pasos por detrás con la mirada clavada en la acera. Ajeno a las preocupaciones de su progenitor más conservador, Martí brincaba de emoción agitando su bufanda del Barça al viento. Se la había ataviado a pesar de que estuvieran en pleno agosto, como muchos otros seguidores que se agolpaban tan o más excitados aún que él a medida que se acercaban a su destino. Aunque no fuera un partido de liga realmente se palpaba la emoción en el aire.

Por fin llegaron a sus asientos. Tenían entradas en la zona central de tribuna: un auténtico privilegio para él, acostumbrado a estar en la zona general o de gol, como mucho. Pero éste era su regalo de cumpleaños, y no un regalo de cumpleaños cualquiera sino el último cartucho de su padre para llamarle a la sensatez, así que se había permitido pedir los mejores sitios con tal de disfrutar el evento al máximo. Hasta el inicio del partido pasaron el tiempo charlando, riéndose de las ridículas ocurrencias de la gente sentada a su alrededor, comiendo bocadillos de butifarra, y disfrutando

del ambiente exaltado típicamente anterior a un encuentro de este tipo. Por fin, a las nueve y media de la noche las luces del Camp Nou se apagaron y los ojos de Martí se humedecieron de emoción al ver el escudo de su equipo proyectado en el campo. Los fuegos artificiales darían paso a la presentación de los jugadores para esa temporada, e inmediatamente después empezaría el juego. Durante cerca de dos horas Martí se evadió del mundo olvidándose de todo lo malo acontecido durante el día anterior, y el anterior a ese, y el anterior al anterior. Fue un auténtico desahogo para el alma, pero no duraría por mucho tiempo porque aún les quedaba el viaje de vuelta.

Tomaron la Avenida Diagonal y bajaron por la calle Entença para evitar el tráfico que se había acumulado cerca del estadio. Fermín cavilaba en silencio, seriamente preocupado por el futuro de su hijo. En verdad la noticia le había sentado como un jarro de agua fría, aunque en el momento hubiera ocultado su decepción limitándose a consolar a su hijo tal como le había dictado su maldita conciencia. Efectivamente todo el día anterior se había esforzado en camuflar su angustia, primero en el trabajo y después por la noche en casa mientras Martí soplabla las velas de su pastel de cumpleaños. Y por si fuera poco, después de eso se había pasado gran parte de la noche en vela, discurriendo sobre si tratar el asunto como fruto de un mero capricho de transición adolescente o como algo definitivo, en cuyo caso no sabía cómo hacer que su hijo cambiara de opinión. Porque si algo tenía claro era que todo aquello no era una buena idea. Quería evitarle un sufrimiento innecesario, más que nada. La vida ya era suficientemente complicada como para añadirle más embrollos. Además, ¿qué iba a decir la gente si se enteraba de algo tan vergonzoso? ¿Qué pensarían de su hijo? Y lo que es peor, ¿qué pensarían de él como padre?

—Martí, hijo mío, quería hablar contigo acerca de lo que pasó ayer... —Los ojos del joven se llenaron de temor ante ese anuncio. El aire se volvió denso por unos instantes, parecía que el olor a limpio de horas atrás comenzaba a enturbiarse—. Estoy orgulloso de que por fin hayas dicho la verdad. —Incluso Fermín dudaba conscientemente de sus propias palabras—. Habría preferido que

las cosas fueran diferentes. —Su cara de resignación le delataba—. Pero son como son ¡qué le vamos a hacer! El caso es que ésta es una situación muy delicada. Tienes que pensar en tu familia. Si ahora te pones a airear a los cuatro vientos tus apetencias sexuales no te imaginas lo mal que van a reaccionar los demás. Tú ya sabes lo de que quien a decir agrias verdades se pone, agrias verdades oye, ¿verdad que sí? La gente es cruel. Yo soy tu padre y te quiero porque eres mi hijo, pero los demás te aseguro que no van a ser tan comprensivos...

Martí lo miraba con ojos de demanda intentando averiguar a dónde quería llegar con todo aquello.

—Creo que deberías ser discreto con este tema —disparó al fin.

—¿Quieres que siga manteniéndolo en secreto?

—Oye, antes de hacerte tanto el indignado escúchame, hijo mío, que más sabe el diablo por viejo que por diablo, y luego decides lo que creas mejor para ti. Hablando en plata, según como yo lo veo te estás empeñando en escupir al cielo y, la verdad, tienes muchas posibilidades de que el escupitajo te caiga en toda la cara. Deberías ser inteligente y pensar bien a quién vas a comentar algo tan importante como esto. Las noticias vuelan, más si se trata de algo tan morboso, y antes de que te des cuenta te verás braceando entre tus propios gargajos... —Martí descompuso su rostro con un gesto de repugnancia—. Ya deben de olérselo de todos modos, esa chiquilla siempre contigo no era buena señal. Pero una cosa es sospechar, mira qué te digo, y otra muy distinta confirmar sus conjeturas de primera mano.

Aquella respuesta exacerbó la indignación de Martí:

—A mí ya me da igual la gente. Que digan lo que quieran.

—Pues a mí no me da igual. Llevo toda una vida partiéndome la espalda para darte un futuro digno y honrado. Y todo mi esfuerzo se puede ir al garete en un santiamén por unos segundos de tu poca



lucidez. No querrás que se entere todo el mundo y seas la comidilla del vecindario, ¿no? ¡Qué diría la señora Angustias! Si lo averigua ella, lo sabrá todo el mundo en el centro de ancianos, en el mercado; lo sabrán sus compañeras del bingo, las mujeres y los hombres del parque... ¡todo el barrio! Las habladurías te roban el respeto tan rápido como una hoja se la lleva el viento. Y después ¿qué?

La señora Angustias era la típica cotilla de turno que vivía en el edificio de enfrente. En una ocasión Martí había llegado a casa de madrugada bastante embriagado. La señora, que se levantaba cada día antes del amanecer, le gritó escandalizada desde el balcón que ésas no eran horas de llegar; que a ver si se sacaba un novio como la gente decente y dejaba de tontear con todo el mundo. Desde entonces, no se guardaban demasiada simpatía.

—Después lo que tenga que ser, será. La señora Angustias me importa tres pepinos.

—La vida no es tan simple, siento quitarte la venda de los ojos. La vida a veces te trata bien, pero la mayoría de las veces simplemente te maltrata. Y tienes que aprender a construir tu buen paraguas para protegerte cuando llegue la tempestad. Pero lo que tú quieres hacer es echar más piedras sobre tu propio tejado. Y eso no es lógico.

—Padre, es que no te enteras. Ya me da igual lo que sea lógico o no.

—Pues a nosotros no nos da igual. Si no lo quieres hacer por ti mismo, hazlo por tus padres —le suplicó utilizando el chantaje psicológico como su último recurso.

—¿Que lo haga por vosotros? Te refieres solo a ti ¿no? A papá sí le da igual, él me quiere como soy.

—Yo también te quiero como eres.

—¿Ah sí? Entonces ¿por qué me pides que calle?

—Créeme, te lo pido por tu propio bien.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. —Martí abatió los párpados y se presionó las glándulas lacrimales con los dedos para que no se le escaparan las lágrimas. Fermín realizó un último intento de hacer entender a su hijo lo que se estaba jugando:

—Mira hijo, estoy de acuerdo en que merezcas los mismos derechos que los homosexuales pero hay que ser prudente para no despertar el rechazo de la gente. No todo el mundo podrá —o querrá— entender la discriminación a la que vas a estar sometido. Hazme caso, que sé lo que me digo. Lo he visto con mis propios ojos. Y encima, no solo te marginarán a ti, también a tu familia, quizás incluso a tus amigos... —Suspiró para tomar aire de nuevo y seguir con su discurso persuasivo—. Además, tu inclinación sexual es algo muy privado, no tienes por qué andar por ahí anunciándolo con un cartel. Nosotros no vamos por ahí diciendo que somos homosexuales, ¿o sí? Si quieres ser igual que nosotros empieza por no ir predicándolo. —Esto último lo dijo con su dedo índice al aire, y un tono de voz ligeramente elevado, por lo que hizo una breve pausa para calmarse. En seguida prosiguió—: Solo te pido que lo consideres y nos digas algo cuando te hayas decidido. Esto es muy importante, date tiempo para decidir cómo lo vas a afrontar.

—No te prometo nada.

Martí miró al frente y notó cómo el aire se densificaba aún más. Se estaba volviendo tan espeso que le costaba respirar, como si fuera gelatina y solo dispusiera de una finísima pajilla para aspirarla. En cuestión de unos pocos minutos el olor a lluvia ya se había disipado del todo. Ahora solamente olía a fétido.

# 17 de agosto, domingo

Hacia las doce y media de la tarde Martí se despertaba en su cama con la boca pastosa, la garganta acartonada y unas ganas intensas de vomitar. Había pasado una mala noche: primero no había podido conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada, entre el calor sofocante y las vueltas que le había dado a la conversación mantenida con su padre Fermín el día anterior; y luego cuando al fin se había dormido varias pesadillas le habían desvelado. Las sábanas empapadas en sudor le hicieron suponer que se estaba deshidratando pero se encontraba demasiado agotado como para levantarse a por agua. Trató de relajarse unos minutos mirando al techo sin pensar en nada, solo fijando la vista arriba. Luego cerró los ojos y observó a ciegas la negrura diáfana que le envolvía, pues la persiana no estaba bajada del todo y la claridad del mediodía se colaba en su cuarto. Si se fijaba en un punto podía adivinar figuras geométricas moviéndose de un lado a otro, cambiando de forma y color continuamente. Le gustaba ver estas mutaciones e imaginarse cuál sería la próxima apariencia que adoptarían sus figuras virtuales.

Estuvo así cinco minutos hasta que se dio cuenta de que su malestar aún persistía. Entonces le vino a la cabeza la botella de agua que, cuando se acordaba, colocaba sobre la mesita de noche por si le entraba la sed repentina mientras dormía. Giró la cabeza y para su suerte allí estaba. Tuvo que deglutir casi todo el contenido de la botella para sentirse saciado, y lo hizo con tanta ansiedad que los chorretones de agua le caían por las mejillas hasta colársele en los orificios de las orejas. Qué bien le hubiera sentado ahora un refresco de cola, pensó con nostalgia mientras recordaba la época de su vida en que se había descubierto adicto a este elixir.

Por aquel entonces no podía irse a dormir sin asegurarse

de que en el refrigerador le aguardaba al menos una lata de cola para mitigar su síndrome de abstinencia a la mañana siguiente. Desayunaba, almorzaba, merendaba y cenaba con este refresco, nunca le faltaban excusas para tomarla. Así que se podía decir que su menú diario consistía en varios litros de refresco de cola acompañados de algún tipo de refacción más bien ligera. Como sus padres estaban sometidos a la típica sobrecarga de estímulos estresantes que conllevaba la era del Burn-out y no tenían tiempo de supervisarle, a ellos todo este asunto les pilló por sorpresa. No en cambio a su novia Olivia, quien sin duda acabó convirtiéndose en el mejor apoyo moral para superar el largo y duro proceso de desintoxicación. Ella fue quien le aconsejó que hiciera oídos sordos a la conclusión del psicólogo de que dicha dependencia tenía que deberse a su reticencia por relacionarse con otros individuos de su mismo sexo, y luego le retó a que cortara por lo sano con la adicción para demostrarle a todo el mundo cuán equivocado estaba su terapeuta. Seguro que la tentación de la cola le seguiría acechando el resto de sus días pero al menos ahora se sentía capaz de rechazarla cuando esto ocurría.

Al querer apoyar los pies sobre el suelo le pareció que sus piernas le pesaban como las de un muerto. Las sujetó con las manos para ayudarse a deslizarlas hacia el borde de la cama y se levantó con dificultad. Después de emplear la mayor parte de su energía en ducharse y vestirse, avanzó hasta la cocina arrastrando los pies con tal lentitud que un preso con cadenas en los tobillos habría parecido un galgo a su lado. Su padre Tito estaba sentado a la mesa leyendo el periódico. Lo sostenía en alto y ojeaba rápidamente cada página antes de volverla con sus manos delicadas. Aunque habían perdido parte de su finura por los quehaceres de la casa, no hacía falta fijarse demasiado en ellas para percatarse de que habían sido en su día idénticas a las de Martí. En realidad todo Tito era igualito a Martí: su cabellera negra y brillante como el pelaje de las panteras, su mirada oscura de fiera herida, sus orejas algo elfianas, su nariz redondeada con orificios menudos, la destacada enjutez de su cuerpo... Con solo mirar a su padre, Martí podía hacerse una idea de cómo le trataría el tiempo. Y lo que era mejor, nunca había necesitado que nadie le confirmara cuál de sus dos padres era el

«bala».

Hasta que un compañero se lo preguntara en la escuela nunca se había planteado esa cuestión, quizás más por ingenuidad que por otra razón. Pero cualquiera era capaz de deducir que en una pareja homosexual solo uno de ambos progenitores podía donar sus genes para la fecundación de un hijo, por lo menos hasta que los avances de la ciencia permitieran realizarlo de otro modo. Pues bien, para sus compañeros de clase ése era el «bala» porque ponía la munición, mientras que al otro lo llamaban ocurrentemente el «birra» porque éste solo ponía la cerveza en las celebraciones subsiguientes. Aquel día al planteársele aquella cuestión, Martí solo tuvo que evocar en su mente la imagen de sus dos progenitores y en seguida obtuvo la respuesta: sin duda alguna Tito era el «bala» y Fermín, el «birra». No es que le importara porque los quería a los dos por igual, pero aquello sí le hizo meditar acerca de varias cuestiones. Por ejemplo, a menudo pensaba en la mujer que donó o vendió el óvulo necesario para su fecundación, su madre genética, y se preguntaba qué rasgos habría heredado de ella. Luego se le ocurría que quizás sus padres alquilaron los servicios de otra señora para que lo gestara en su vientre como solían hacer las parejas de homosexuales varones, así que también le gustaba imaginarse el aspecto de esta segunda mujer, su madre subrogada;

Poco tiempo después, había pasado de las conjeturas a las inevitables preguntas: ¿la heterosexualidad se podía heredar de igual modo que el color de la piel, la habilidad para el deporte, o la propensión a una determinada afección? ¿Tenía su madre biológica alguna explicación sobre la razón de su heterosexualidad? ¿Acaso ella también era de su misma condición, o conocía a algún familiar suyo que lo fuera? ¿Constituía la heterosexualidad realmente una enfermedad congénita, como afirmaban los sexólogos? Y, si según éstos él estaba enfermo ¿por qué sentía que era el resto del mundo quien padecía un mal mucho más grave y contagioso, el de la ignorancia? Por último, a todo esto había que añadir la gran duda: ¿qué tal sería su vida si en vez de tener dos padres, hubiera tenido un padre y una madre, tal como había ocurrido en la antigüedad?

Todas estas interrogaciones nunca tuvieron respuesta pues jamás osó formulárselas a sus padres. Y si hubiera optado por buscar a su madre biológica para preguntarle a ella, con la estricta política de privacidad de los centros de fecundación y de los hospitales, seguro que todo su esfuerzo habría sido en vano. Aunque, a decir verdad, después de todos estos años había empezado a darse cuenta de que en realidad nunca le interesó indagar demasiado porque de haberlo hecho se habría quedado sin excusas: no habría tenido más remedio que meterse en el armario. Y nada le habría producido más pánico en el mundo que eso.

Sí, Martí había sido un niño cobarde. Pero quién no lo hubiera sido en aquellas circunstancias. Después de todo, la heterofobia se extendía bastamente, no solo en el país sino también en el extranjero. Precisamente uno de los factores que también contribuyeron a su determinación por callar años atrás había sido el fortuito conocimiento de una noticia que le impactaría para el resto de su existencia: el arresto de 50 homosexuales «acusados de asistir a una boda de micos» en Senegal. Las declaraciones del presidente en el país africano sobre este incidente habían sido contundentes: «Los micos son peores que cerdos». Los detenidos, muchos de los cuales padecieron posteriores «violaciones correctivas», se enfrentaron a penas de entre dos y cinco años de cárcel por «cometer o intentar cometer heterosexualidad». A pesar de su corta edad, Martí suponía que aquel tipo de desorbitaciones se daba solo en países tercermundistas, donde el miedo y la ignorancia solían estar más extendidos, y que su situación nunca llegaría a ser tan extrema. Pero aun así no pudo evitar sentir miedo por la incerteza de su futuro.

En definitiva, aquellas circunstancias constituyeron en aquel momento la excusa perfecta para que Martí desistiera tanto de revelar su verdadera inclinación sexual como de investigar acerca de sus madres genética y subrogada. Y aunque ahora, tantos años después, se daba cuenta de que había cometido un error al no querer saber más, se convencía a sí mismo de que tampoco valía la pena darle más vueltas al asunto. Era momento de empezar de cero, de mirar con convicción y arrojo hacia delante en vez de con temor hacia atrás; de avanzar con pasos firmes y sólidos hacia la dignidad

de la que careció en el pasado.

Martí pensaba todo esto en silencio absoluto, sus miles de intimidades y planes ulteriores convergiendo hacia su interior más privado pues no quería hoy compartirlos con nadie.

—No arrastres los pies al andar mi cariñito, que acabo de fregar el suelo y ya sabes lo que me cuesta, con los dolores de espalda que llevo —imploró Tito a la vez que se llevaba la mano al riñón.

Martí se sentó al lado de él sin alzar su mirada agotada y soñolienta, y le preguntó por el diagnóstico de dicha dolencia en su reciente visita al médico.

—¡Uy! ¡Qué me va a decir el doctor, hijo mío! —replicó Tito—. Pues que descanse un par de meses. Nada de trabajar ni hacer las tareas de la casa. ¿Tú te crees que alguien tan memo puede haberse licenciado en medicina? A ver, dime tú cómo le digo yo a mi jefe que tengo que faltar en el trabajo porque me lo ha recomendado el médico. Me va a decir que tarará que te vi, claro. ¡Será tonto el hombre éste! Para que me diga eso, ya no voy más.

—Pues deberías descansar al menos unos días.

—Ya. ¿Y vosotros? ¿Qué ibais a comer vosotros si yo no cocino? ¿Y la ropa? ¿Quién la lava y la plancha? Y todo lo demás.

—Pues nos apañamos, papá. Tú no te preocupes por nosotros, que ya somos grandecitos.

—Sí, claro. A base de pizza y cola no puede sobrevivir uno. Hay que comer una dieta sana y equilibrada. Que ya sabemos lo que pasa...

—Bueno, papá, no entremos en ese tema. Además, no me van a ir mal unos cuantos quilitos, con lo esmirriado que estoy.

—Pero no a base de comida basura, mi vida. Al gimnasio

tendrías que ir, como tu primo Víctor, para coger músculo. ¿Ves qué fortachón está el chico? ¿Por qué no le llamas y quedáis para ir juntos? Así te animarás.

—Que no, papá. Que paso de moverme tanto sin motivo. Además, ya sabes que Víctor y yo no nos llevamos demasiado bien.

—Mmm, sí es verdad... —convino Tito al recordar las ocasiones en que había presenciado algún conflicto entre ambos. No había sido nunca nada serio. Solo desavenencias entre chiquillos, lo normal a esa edad—. Y bueno, ¿me vas a contar lo que te pasa hoy?

Martí lo miró desconcertado, intentando descifrar el momento en que Tito había podido traslucir su estado de ánimo.

—A mí nada. ¿Qué me va a pasar?

Tito distendió el gesto.

—Ah, no sé. Dímelo tú. Cuando arrastras los pies, es que algo te pasa.

Martí sonrió casi imperceptiblemente al entender el fundamento de aquella conjetura.

—Nada. Solo he tenido una mala noche.

—¿Es por la conversación que tuviste ayer con tu padre? Fermín me lo ha contado.

Martí se dio cuenta entonces de que su padre Tito le conocía demasiado bien.

—Querrás decir el monólogo que me soltó. La conversación fue más bien unilateral, como siempre —recalcó con un ligero tono de encono—. ¿Dónde está, por cierto?

—Ha salido a comprar —contestó retomando en seguida el



tema que le preocupaba—. Cariño, quiero que sepas que tu padre solo busca tu bien. Él te quiere muchísimo, lo que pasa es que ha recibido una educación diferente, no sabe cómo tratar estas cosas. Dale su tiempo.

—Vale, papá —accedió Martí para sacárselo de encima pues no quería agravar aún más su ya fastidioso malestar general. .

—Y respecto a lo que te dijo, tú ni caso. Haz solo lo que te diga el corazón, que nosotros siempre te vamos a apoyar en todo. Piensa solo en ti, ¿vale? Ya sabes que te queremos, hijo mío —Acarició su cabeza y le dio un beso. Luego deslizó la mano hasta su hombro, agarrándolo durante unos minutos reconfortantes hasta que el sonido del teléfono interrumpió la conmovedora escena.

—Es Oli —informó al tiempo que le pasaba el aparato a su hijo.

Martí mostró su contento con una amplia sonrisa. Por fin tenía noticias de ella. Aunque solo llevaba desde el jueves pasado sin verla, la echaba de menos como si hubieran pasado varios meses. Al colgar de nuevo el teléfono el malestar con que se había levantado ya se había disipado totalmente.

—Oye, hijo mío. ¿Qué pasa con el 41? —preguntó Tito tras escuchar parte de la conversación de su hijo con la chica.

La sonrisa de Martí se disipó en el acto. Apenas hacía 48 horas desde que le hubiera prometido no inmiscuirse más en sus asuntos y ya lo había vuelto a hacer.

—Es que uno tiene oídos y si te pones a hablar justo delante de mí... pues te oigo, qué le vamos a hacer...

A Martí pareció bastarle aquella excusa para acceder a su requerimiento.

—Nada, una tontería. Olivia, que me preguntaba si me suena un tal XLI en cifras romanas. Pero yo le he dicho que no. ¿Por qué?

¿Te suena a ti?

Tito trató de disimular su interés para no atraer el de su hijo.

—Pues no, no me suena de nada. ¿Y por qué pregunta, si se puede saber?

—La verdad es que no lo sé. Me ha dicho lo mismo que tú, que tiene curiosidad....

—Ah...Y dime, por cierto ¿Oli es tu novia? —Tito prefirió cambiar de tema.

—Sí, te dejo que he quedado —contestó Martí mientras buscaba sus llaves de la moto.

—Espera, espera. Explícame algo de ella ¿no? Que no sabemos nada, aparte de que es muy guapa, claro. Tendré que saber de tu chica ahora que la cosa ya es más formal...Ni siquiera me has dicho su apellido...

—Bonfiglio —contestó apresurándose hacia la puerta.

Tito permutó la sonrisa con que había formulado la pregunta por un gesto de inquietud e incredulidad a partes iguales. Bonfiglio... No, no podía ser. Tenía que ser una coincidencia. Pero por otro lado, era un apellido tan poco común...

—Un momento, un momento.

—¿Qué? Ya te he dicho que tengo prisa.

—Un segundo solo, mi vida. ¿Bonfiglio? —inquirió temeroso de corroborar sus conjeturas—. Qué apellido tan curioso, ¿es italiana?

—Bueno, una de sus madres sí era italiana pero ella no.

—¿Es que ha fallecido?

—El año pasado.

—Ah... qué pena... lo siento mucho, hijo. Y... ¿cómo se llamaba?

—Ana.

—Ana. —El nombre también coincidía. Las gotas de sudor empezaban a asomar por los poros en la epidermis de sus sienes. Pronto rebosarían y rodarían mejilla abajo delatando su nerviosismo—. Y... ¿de qué trabajaba Ana?

—¿Pero se puede saber para qué quieres saber de qué trabajaba si ya murió? ¿Importa mucho?

—Es curiosidad cariño, ya sabes lo fisgón que es tu padre. —Forzó una media sonrisa que corroborara lo que pretendía hacerle pensar, que la pregunta no tenía importancia. Pero sí la tenía, y mucha. No podía, y sobre todo no quería imaginar que ese apellido amenazara de nuevo con destruir la solidez de su familia.

—Era veterinaria, y se ve que muy buena. O al menos eso me dijo Olivia, vamos. Murió en un accidente de coche. Tuvo muy mala suerte, ni siquiera fue su culpa. Bueno, me voy ya eh. Que llego tarde.

Inconsciente e ignorante de las consecuencias de aquella aclaración, Martí se marchó rumbo a casa de Oli dejando a Tito solo, inmerso en sus preocupaciones. Si hubiera sido conocedor de los desvelos que a Tito le costaría tal revelación, el afán que éste dedicaría a partir de entonces a sacar a su hijo del embrollo en que se había metido, quizás las cosas no habrían sucedido del modo en que lo hicieron.

Aunque probablemente tampoco habría cambiado nada, pues ambos, padre e hijo, desconocían en aquel momento la cantidad

de personajes que ya habían incurrido en aquella historia y que los conducirían a todos a un desenlace inexorablemente trágico.

# 18 de agosto, lunes

El verdadero amor extiende los brazos y cierra los ojos. Martí los mantenía sellados con Olivia pero el inconsciente a veces le jugaba la mala pasada de entreabrírseles. Entonces se apresuraba a recordar los numerosos momentos de felicidad que había pasado con ella desde que la conociera años atrás, cuando él se dejó cautivar por aquellos ojos de color azul cobalto y ella consintió su cortejo con una sonrisa honesta a la luz de la luna.

Sí, había cerrado los ojos en varias ocasiones, pero había valido la pena. Porque Olivia siempre había estado a su lado ofreciéndole su amor incondicional a cambio de nada más que lo mismo. Y por eso ella también podía permitirse algún que otro altibajo. De hecho, todos los que quisiera. Martí se apoyaba en ese argumento para justificar algunas de las miradas que ella le dirigía ahora, a veces desapegadas, a veces déspotas, a veces simplemente del todo ausentes, y así lograba matar el resquemor que le producían. Eran pequeñeces que ella le compensaba con creces cuando llegaban momentos decisivos, como ahora que había tomado la firme decisión de meterse en el armario. Olivia le estaba apoyando una vez más y si su novia estaba a su lado, todo saldría bien.

Aun así había una parte de él que seguía teniendo miedo. Un miedo nervioso como el que siente uno en su primer día de trabajo, cuando no sabe todavía quiénes serán sus nuevos compañeros, o si dará la talla y podrá cumplir con todas las tareas que le asignen. Si sus compañeros serán amables con él, si su jefe será comprensivo. Fermín le había asegurado que no conseguiría salirse airoso de ésta, que la camisa le caería demasiado grande. Él seguía creyendo que lo correcto era colocarse la camisa, por muy holgada que le fuera, y abrocharse todos los botones, incluso anudarse una corbata bien

sujeta al cuello. Pero lógicamente le quedaban pequeños resquicios de dudas, aún a esas horas no se había decidido.

Por eso seguía cavilando mientras se cepillaba los dientes en el baño, sin darse cuenta de que un chorro de dentífrico aguado se le había escapado por la comisura de los labios y le caía barbilla abajo goteando sobre la pila marmórea del lavabo. Había algo que no podía negarse: tenía la necesidad de liberar su corazón, de sentir con sus amigos la misma tranquilidad que había conseguido con sus padres, de perder el temor por siempre. ¿Por qué el mundo tenía que verle diferente solo porque se sintiera atraído hacia las mujeres? Sí, le gustaban las mujeres ¿y qué?

Cierto que a la mayoría de la gente no le pasaba lo mismo, pero era precisamente eso lo que él no entendía. De hecho no entendía la homosexualidad en absoluto, simplemente no le cabía en la cabeza. Solo pensar en tener que mantener relaciones sexuales con un chico le provocaba náuseas. Y si encima tenía que hacerlo para que los demás creyeran que era «normal» añadiría culpabilidad a su ya extensa colección de emociones negativas con respecto a su condición sexual. ¿Cómo no podía ver la gente que él era así, y que no iba a cambiar? Quizás ahí estaba la clave de todo. Quizás debiera demostrar al mundo que en realidad no estaba a su alcance evitar aquella atracción por el sexo opuesto. La empatía podía convertirse en su gran aliada, un buen punto de partida. Martí se enjuagó la boca varias veces vertiendo la mezcla de saliva, agua y dentífrico por la pila. Y mientras veía cómo aquel compuesto desagradable a la vista desaparecía por el desagüe hacia los albañales, sintió sus miedos desvanecerse con ellos. Los vio caer por aquel agujero negro y al fin se sintió preparado de una vez por todas. Lo haría esa misma tarde después del trabajo. Sintió un cosquilleo en el estómago.

Después de ducharse y prepararse para su jornada laboral arrancó la moto y tomó rumbo al centro donde impartía clases de inglés a niños de infantil. Hacia las seis de la tarde ya había terminado su última clase. Sin duda un duro día, no por el trabajo en sí sino porque su mente se había empeñado en permanecer ausente y atascada de nuevo en un mundo imaginario (igual que con sus

padres antes pero ahora le tocaba cambio de interlocutores), en el que ensayaba una y otra vez la confesión que realizaría por la tarde en casa de Bito. Lo había llamado por la mañana, y habían quedado en verse allí todo el grupo. Probablemente jugarían a la videoconsola, quizás a unas partidas de brisca, y luego a lo mejor bajaban al bar de la esquina a darse un homenaje en los futbolines. Lo que solían hacer cuando se reunían, que ya no era tan a menudo porque con el paso de los años, quien más y quien menos, habían ido adquiriendo obligaciones que no siempre podían eludir.

Cuando iba a medio camino Martí se detuvo junto al primer quiosco que vio. Bito le había llamado para que le trajera un paquete de chicles porque Carlos estaba dejando de fumar y al parecer tenía mono de cigarrillos. Necesitaba camuflar su síndrome de abstinencia con algo.

—¿Tiene chicles de nicotina?

Un señor escuchimizado con calva avanzada alzó la vista para mirarle por encima de la montura de sus gafas.

—No, nene. Eso en el estanco.

—Entonces chicles normales, de los de toda la vida.

—Orbit, Trex, Trident, Boomer, Spearmint... —Señaló la sección de los chicles para que Martí eligiera la marca que quería.

Tras señalar uno cualquiera el dependiente recitó el total:

—Diez euros.

—Pues sí que es caro ¿no?

El hombre se encogió de hombros, alzó las cejas y apretó los labios en señal de exculpación. Martí se limitó a abonar el importe anunciado sin dejar de protestar en silencio por cuánto habían encarecido las cosas en los últimos años, tal como había aprendido

inconscientemente de su padre Fermín.

Recordó cuando su mísera paga semanal de chiquito le duraba el doble de lo que le alcanzaban ahora la modesta ayuda económica que seguía recibiendo de sus padres sumada al salario que percibía por sus trabajos temporales. Se acordó también de lo feliz que era de niño, cuando jugaba a la pelota con sus amigos, cuando Bito le retaba a las carreras, y cuando todos los amigos del grupo, incluido él mismo, se mofaban de éste porque aunque ya empezaban a ser mayorcitos aún no podía pronunciar la «l» detrás de la «b». En realidad así fue como Bito se había otorgado su apodo a sí mismo: en vez de «Pablito» decía «Pabito», y de ahí lo acortaron a «Bito».

Martí siempre se había llevado mejor con él que con el resto de los chicos de la panda, pero no sabía por qué ese último año se habían distanciado un poco. Quizás Bito sospechaba de su heterosexualidad e inconscientemente se había querido apartar de él. O acaso fueron las frecuentes evasivas de Martí para poder quedar con Olivia a hurtadillas las que habían emponzoñado su amistad. En el pasado solía pensar frecuentemente en estas cosas y siempre había acabado concluyendo que, de todas maneras, la gente cambiaba al crecer; que muy probablemente no existiera ninguna razón para su alejamiento, y que solo se debiera al destino de ambos el que hubieran tomado rumbos un poco más distanciados. Pero esto era antes, ya hacía tiempo que había arrinconado en algo cercano al olvido todos esos recuerdos nostálgicos de la infancia porque tenía cosas mucho más importantes en las que pensar.

Volvió a subirse a la moto y retomó su camino. Cuanto más se acercaba al lugar, más intenso sentía el cosquilleo en su estómago. Hasta el punto de que cuando llegó tuvo que comprimirse la barriga con la mano para que esa presión camuflara el hormigueo que le ponía tan nervioso. Apretó el botón del piso en el interfono. Subió y vio la puerta de arriba entreabierta. La empujó con vacilación y asomó la cabeza para avisar de su llegada.

—¡Entra, Martí! —chilló Bito desde el salón—. ¡Joder! ¡Casi me mata éste por tu culpa! —Estaba jugando con Carlos en la



videoconsola.

—Lo siento —Mientras se acercaba a sus amigos lanzó el paquete de chicles hacia Carlos, quien lo alcanzó al vuelo, y se sentó junto a ellos en el sofá. En ese momento se percató de que, aparte de Bito, solo Carlos y Pedro estaban allí—. ¿Dónde están los demás?

—Antonio y Marcos tienen partido. Puede que se acerquen luego pero no lo creo. Y tu primo Víctor, ya sabes que no se prodiga demasiado por mi casa.

Bito y Víctor habían sido novios hacía un tiempo, pero la cosa había acabado como el rosario de la Aurora y todo el grupo tenía que sufrir las consecuencias. De todos modos a Martí le daba lo mismo, incluso mejor para él si no aparecía. Sin embargo se sintió decepcionado. Ahora que había reunido el valor suficiente para desvelar su secreto, Antonio y Marcos no iban a estar presentes. Dudó un instante sobre si posponer su plan o seguir con lo previsto, pero tan solo necesitó unos segundos para concluir que era ahora o nunca.

—Tíos, tengo que hablar con vosotros —anunció mientras se ponía en pie, aunque nadie le prestó la menor atención pues el televisor les había retenido el interés y las neuronas. Pedro fue el único que reaccionó al cabo de lo que a Martí le pareció una eternidad. Pero lo hizo medio ausente, sin despegar la mirada del aparato.

—Suelta tío, ¿qué pasa?

Martí les cortó el campo de visión para forzarlos a interrumpir su tarea.

—¡Eh! —gritaron al unísono.

Carlos apretó el botón del pause de la videoconsola y por fin Martí obtuvo la atención que deseaba.

—Tengo que deciros algo muy importante que llevo queriendo confesar desde hace tiempo. Espero que no os enfadéis por no habérselo dicho antes y también espero que entendáis por qué no lo he hecho...

Los tres se miraron con ojos de desconcierto, no tenían ni idea de por dónde iban los tiros. Pero en seguida dedujeron que iba a anunciar alguna chiquillada de las suyas, como cuando les contó que llevaba copiando en el examen de matemáticas desde que tenía uso de razón, o cuando les explicó que se había inventado a un amigo invisible llamado Brian para jugar con él cuando no estaba con ellos.

—Os lo voy a decir ya, sin más tapujos. Porque cuanto antes os lo diga antes terminamos con esto. Ejem... —Carraspeó como para ganar unos segundos más y auto convencerse de que esto es lo que realmente quería hacer—. Soy heterosexual —anunció al fin.

Carlos, que justo en ese momento estaba dándole un sorbo a su cola, no pudo más que escupir lo que había almacenado en la boca antes de poder tragarlo. El suelo quedó manchado con un charco considerable de la pegajosa bebida, y el sofá con varias salpicaduras.

—¡El parquet tío! Mis padres me matan... ¡Y el sofá!

—¿Pero es que no has oído lo que acaba de decir este pringao?

Bito, preocupado por las manchas del suelo y del mobiliario, trataba de absorber el líquido con servilletas de papel.

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo que y qué? ¡Nos acaba de decir que es mico! —señalaba a Martí con auténtica indignación. Aún algo escéptico, se giró hacia el imputado midiéndole con cara de asco: —¿Estás diciendo que eres mico? Porque si es broma corta ya el rollo, pavo.

—Bueno, yo preferiría que no te refirieras a la heterosexualidad

con ese término, pero sí, eso es justo lo que estoy diciendo.

—He dicho que cortes el rollo, no hace gracia ¿está claro? —advirtió una vez más, en tono enconado y amenazante.

Pedro, atónito, no reaccionaba. Bito se levantó del suelo con varias servilletas empapadas de cola en las manos y las tiró con desprecio sobre la mesa.

—¡Pues vaya novedad! ¿Es que te crees que nos chupamos el dedo? ¡Anda ya!

Carlos y Pedro se miraron aún más atónitos que antes.

—Pero ¿tú ya lo sabías?

—Pero si se ve a leguas de distancia. Vosotros, que vivís en la inopia y no os habéis dado cuenta. Sois unos pardillos —respondió Bito.

Los ojos de Carlos y Pedro ya estaban a punto de salirse de sus cuencas cuando el primero se dirigió a Martí de nuevo. Se sentía terriblemente agraviado: —Pero tío. Nos dices esto y te quedas tan tranquilo.

—¿Cómo quieres que esté? —en realidad estaba hecho un flan pero no se lo iba a decir a él precisamente.

—No sé, pavo... es que parece que me estés diciendo que te gusta la cerveza o el calimocho, cuando lo que quieres decir es que te molan las pavas.

—Sí, me gustan las tías. ¿Y qué?

—Que me das asco, chaval.

Carlos se abalanzó sobre él y le propinó un empujón que le hizo caer sobre el sofá de al lado. Seguidamente se lanzó encima

para arremeter contra su cara pero Bito y Pedro los separaron. Este seguía visiblemente alterado por lo que Bito se vio en la obligación de terciar en la disputa posicionándose de forma clara. Lo agarró por el cuello de la camisa y le advirtió:

—Oye, mira. En mi casa no hay peleas, eso que quede claro. Y sí, al chaval le gustan las tías. Pero ni es un monstruo ni lo hace para joderte a ti. El mundo no gira a tu alrededor, aunque parezca increíble. Así que, o te calmas, o sales de mi casa ahora mismo. Tú decides.

Carlos apartó las manos del que se acababa de convertir automáticamente en su archienemigo y aguantó la respiración mientras lo miraba.

—Me dais todos asco. ¡Y tú! —gritó dirigiéndose a Martí en particular—. ¡Tú te mereces que te apaleen y te echen vivo a la hoguera, traidor! ¡Tú y tu amiguita de mierda! ¡Micos cabrones! ¡Esto no quedará así! —amenazó gritando mientras se marchaba dando un portazo tras de sí.

Martí se quedó cariacontecido. Sabía de antemano que su amigo sería reticente a aceptar esta faceta de él pero no por ello se sentía menos dolido.

—Gracias, de verdad.

—Nada. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Y si no, debería.

Martí y Bito intercambiaron sonrisas. Entretanto, Pedro se acercó a Martí para darle también su aprobación:

—Oye, que a mi no me das asco.

Martí dibujó en su rostro una sonrisa aún más amplia. Lo abrazó dándole varias palmadas en la espalda mientras le daba las gracias también a él y se despidió de sus amigos para dirigirse a casa de su Olivia.

Cuando ésta supo lo que había sucedido no podía dar crédito a sus oídos.

—¡Qué cabronazo!

—En realidad es libre de pensar como quiera ¿no? Quiero decir que incluso si quiere odiarnos también tiene derecho a hacerlo...

—No digas estupideces. ¿Cómo va a tener nadie derecho a odiarnos por algo así?

—No son estupideces. En eso consiste la libertad ¿no? Si queremos que respeten nuestras decisiones tendremos que respetar también las suyas, ¿no?

—¿No? —repitió Olivia con tono sarcástico—. Además, una cosa es que no le gusten los heterosexuales y otra muy diferente que te ataque por serlo.

—Oli, es para ti —anunció su madre Marina entrando en el salón con el teléfono en la mano.

Al ver la madre de Olivia a Martí aprovechó la ocasión para conversar con él e interesarse acerca de cómo se iban sucediendo los acontecimientos desde que tomara la «gran decisión». Ambas madres de la chica, Ana y Marina, habían querido educar a su hija bajo la convicción de que la igualdad debía imperar con urgencia en aquella sociedad de locos, así que Martí se sentía muy cómodo hablando con ella de este tema en particular. La consideraba una mujer muy cuerda y sobre todo una gran aliada. Mientras tanto, Olivia mantenía una conversación más bien breve y austera por el auricular:

—¿Sí?

—... ..

—Ah... ¡Hola Juanjo! ¿Qué pasa?

—.....

—Pues hoy no va a poder ser. He quedado con Martí. Si acaso mañana te llamo y te digo algo ¿vale?

—...

—¡Ciao, ciao!

—...

Tras colgar el teléfono Olivia se añadió a la conversación de Martí y su madre, aunque de repente parecía estar de alma ausente. Martí dividió su atención entre Marina y ella, de manera que seguía charlando mientras la miraba de reojo. Como era de esperar trató de restar importancia a su abstracción, que atribuía una vez más al estrés por el que estaban pasando últimamente. Ser heterosexual en un mundo homosexual puede llegar a resultar agotador.

Cerró los ojos de su alma para que descansaran los espíritus fatigados de ambos y se regocijó pensando en lo afortunado que era por tenerla.

# 19 de agosto, martes

Después de la tormenta no siempre llega la calma, pensaba Martí mientras observaba la imagen tan dichosa como aterrorizada que le devolvía el espejo, dos caras de una misma moneda.

Por un lado, se había despertado con una sensación de liviandad insólita que le hacía maldecir todo el tiempo que había desperdiciado compadeciéndose de sí mismo. Finalmente se daba cuenta de lo estúpido que había sido por haberse dejado convencer de que él no tenía derecho a ser feliz. Se acababan los subterfugios injustificados, las promesas que nunca se cumplían, las ilusiones nacidas a partir de la mentira, la sensación de culpabilidad, el remordimiento, y la pesadumbre. Era como si al haber compartido su secreto con sus amigos le hubieran arrancado la mayoría de esta negatividad emocional de su sistema límbico cerebral y se la hubieran intercambiado por recuerdos de sensaciones positivas. Y aquel incremento repentino en sus niveles de serotonina y endorfinas había creado una versión de sí mismo mejorada e inmejorable, capaz de superar cualquier adversidad. Pero por otro lado, la luz incoercible con que brillaban sus ojos estaba camuflando el miedo que, a pesar de que ya había pasado lo peor, le seguía sobrecogiendo el alma. Y lo sentía más endiablado que nunca. Temía estar soñando todavía y despertar de un momento a otro para darse cuenta de que seguía en el punto inicial, cuando le aterraba ser diferente y que le señalaran con el dedo para burlarse de él. Como cuando empezó su pesadilla, el día de su octavo cumpleaños.

El profesor de plástica había mandado a la clase hacer un dibujo sobre la familia y su futuro. Él aún no sabía que supuestamente debía encubrir sus emociones con otras que, aunque ficticias, fueran aceptadas en una sociedad tan estrecha de miras, así

que dibujó a sus padres paseando por un parque con las manos enlazadas. Luego, en una esquina inferior de la lámina y bastante apartado de ellos, se había dibujado a sí mismo sujeto a la mano de una niña. Pero en vez de pintarse una boca sonriente, como habían hecho todos sus compañeros, se había representado muy triste. Cuando el profesor le había preguntado en clase por el significado de todo aquello, él había explicado que aquella niña sería su novia algún día, y que se había dibujado tan lejos de sus padres porque ellos se enfadarían mucho cuando supieran que no le gustaban los niños. Sus compañeros de clase reaccionaron en seguida riéndose y mofándose de él a pesar de la reprimenda del profesor, quien naturalmente no tuvo más remedio que hablar con Tito sobre lo sucedido. Este, tratando de guardar la compostura tras el tremendo golpe inicial, hizo lo imposible por explicarle a su hijo que todo estaba bien, que no había nada malo en ser heterosexual, mucho menos en mostrarse tal cual era. Pero no hubo manera de que Martí lo admitiera, todo había sido un error estúpido, una falsa alarma, y él era como los demás niños. Ante aquella actitud, a Tito solo le quedaba cambiarle de escuela pues no podía dejar que sufriera tal acribillamiento en clase. Y después simplemente hicieron como si aquello nunca hubiera ocurrido.

Diez años más tarde y aun habiéndose atrevido al fin a dar el paso, sentía ahora exactamente el mismo miedo que le había aterrorizado de chico frente a su padre Tito al verse interrogado por él. Ese que le había llevado a negarse a sí mismo, el temor ante lo desconocido. ¿Hasta qué punto su decisión de meterse en el armario cambiaría su vida, su mundo?

Martí tenía la teoría de que los heterosexuales vivían en dos mundos paralelos: en el primero, propiedad de los homosexuales, eran sometidos a duras y crueles pruebas, debían justificarse e incluso a veces pedir disculpas por su condición sexual, y parapetarse, que no era lo mismo que defenderse, de los frecuentes ataques emocionales y físicos perpetrados por los dueños de aquellas tierras. El segundo mundo, al que pertenecían sus almas inherentemente, era un lugar intangible que se materializaba en momentos y espacios concretos, efímeros y perecederos, como por



ejemplo una discoteca para heterosexuales en un sábado noche. Allí podían desatar sus emociones y aliviar sus penas, tenían derecho a dar rienda suelta a sus sentimientos sin justificaciones absurdas, buscar confidentes que realmente pudieran entenderles, incluso fingir por un rato que en su realidad no existía la verdadera realidad a la que volverían inexorablemente en cuanto su mundo inherente volviera a perecer hasta el siguiente sábado por la noche. Era como si se adentraran en un espacio virtual, uno de esos videojuegos de simulación con muchos jugadores para el que cada uno creaba su propio avatar o personaje, de manera que los dos mundos eran paralelos pero se mantenían totalmente separados, repeliéndose como el agua y el aceite.

Sin embargo, al declarar su heterosexualidad había tomado la firme decisión de mezclar ambos mundos y en consecuencia de destruir la paz y seguridad que le había proporcionado su personaje avatar hasta entonces. Ya nunca más volvería a ser el mismo. Pero sabía que ese era el precio que tenía que pagar por ser libre.

Miró el reloj y aceleró nervioso el ritmo de sus tareas, se había ensimismado tanto que se le echaba el tiempo encima. Pero antes de salir hacia el trabajo se acercó a la cocina. Quería llevarse algo para comer por el camino ya que no le daba tiempo de desayunar en casa. Su padre Fermín estaba sentado a la mesa, masticando un bocado de su última tostada con mermelada del desayuno mientras leía el periódico con detenimiento, y decidió aprovechar el momento para comunicarle que su decisión ya no tenía vuelta atrás

—Padre, ayer le expliqué a mis amigos que soy heterosexual.

La buena nueva le hizo atragantarse, lo que le provocó un ataque de tos tan severo como para resquebrajarle el pulmón. Martí permanecía de pie enfrente de él a la espera de una respuesta, alternando su mirada con la de su reloj de pulsera.

—¿Y bien? —preguntó Fermín con voz magullada tras haber solucionado el problema bebiendo varios tragos de agua.

—Bien ¿qué?

—¿Cuál fue su reacción?

—Pues Bito y Pedro se lo tomaron muy bien, la verdad. Carlos no tanto.

—¿Qué te dijo Carlos?

—Tonterías..., lo típico. Ya te lo puedes imaginar.

Fermín se mantuvo en silencio con cara de circunstancia, pensando en cómo aconsejar a su hijo. Lo más efectivo era siempre la recriminación.

—Yo ya te avisé de que esto podía pasar.

—Sí padre. No me echés más la bronca que ya no sirve de nada. Lo hecho, hecho está. Ahora ya no hay marcha atrás.

—Sí la hay: simplemente no se lo digas a nadie más. El silencio es el único amigo que jamás te traiciona. Y si alguien te acusa lo niegas. Es su palabra contra la tuya.

—Pero ¿qué tonterías dices? Te he dicho que no quiero fingir más. Soy como soy, y a quien no le guste que se aguante. Y ya no quiero hablar más de este tema.

—Vale, vale... Entonces, ¿estás preparado para lo que pueda ocurrir a partir de ahora? —le advirtió a modo de ultimátum.

—Sí. Cualquier cosa mejor que seguir mintiendo.

—Bien, hijo. Es tu decisión. No dirás que no te he avisado. Ya sabes el dicho, quien avisa... En fin, tú sabrás lo que te haces.

A Martí le pareció como si su padre le estuviera diciendo que a partir de ahora él se lavaba las manos.

—Sí, yo sabré. Me voy, que llego tarde.

Su indignación era tal que se cogió unas magdalenas y se marchó inmediatamente para no tener que oír la réplica de su padre. ¿Cómo era posible que a esas alturas aún no hubiera entendido que necesitaba su apoyo, y que recriminando aquella decisión no hacía más que ignorar la madurez y el valor que había demostrado él al tomarla?

Para cuando salió por la puerta, Martí ya se había embutido las magdalenas en la boca y dejado a un lado la repudiable actitud de su padre, como si una cosa sustituyera a la otra. Luego cruzó el portal que daba a la calle con una amplia sonrisa, la sonrisa inconfundible de quien se siente orgulloso de sí mismo, para dirigirse al garaje donde guardaba la moto dos calles más arriba. Como el edificio donde vivía era tan antiguo no tenía aparcamiento subterráneo. Así que el hermano de su padre Tito, Roberto, quien aprovechando sus influencias en el sector de la construcción había acaudalado grandes sumas de dinero con la compra y alquiler de plazas de parking, les había cedido dos plazas contiguas bastante amplias en uno de sus garajes del barrio. Martí aparcaba su moto entre ambas y tenía allí una taquilla como las de vestuario con chapa pulida y rejilla de ventilación que le había regalado su otro tío Antonio, el marido de Roberto. Ahí guardaba él sus materiales para la manutención y limpieza de la moto: aceite, cepillos, esponjas, jabón, guantes, trapos y toallas. Y los fines de semana, cuando quería salir de casa para evadirse y no le apetecía ir al parque, se escabullía a su pequeño bunker particular a poner su moto a punto y sus pensamientos en orden.

Abrió la puerta y avanzó con celeridad hacia su moto pues el tiempo apremiaba y no quería llegar tarde al trabajo. Pero unos metros antes de alcanzar su destino algo le detuvo. Se quedó allí paralizado, mirando con horror y sintiendo cómo su felicidad se desvanecía rápidamente, como una sombra en un atardecer de invierno. El coche de su padre había sido cruelmente vandalizado. En el parabrisas figuraba un enorme dibujo del símbolo heterosexual —un círculo con una flecha enlazado a un círculo con una cruz—

trazado en pintura roja, el color heterosexual. La frase «Tu hijo es un mico de mierda» en el mismo color insultaba toda la superficie del cristal trasero. Además, la carrocería del coche estaba repleta de gargajos medio secos. Sospechó en seguida de Carlos pues el día anterior ya le había advertido de que se vengaría y, a pesar de que la cerradura estaba intacta, bien podría haberse colado aprovechando el descuido de algún vehículo entrando en el parking. De repente sintió una llamarada de ira en el pecho, estaba realmente indignado. Y es que jamás pensó que uno de sus mejores amigos fuera capaz de hacer algo así. Definitivamente aquella agresión había sobrepasado los límites de su tolerancia y tenía que hacer algo al respecto. Lo primero era tomar una foto. Y lo siguiente, ser resolutivo porque cuando su padre viera aquello le iba a dar un ataque al corazón, con lo impecable que llevaba siempre el coche. Por suerte Fermín no empezaba su jornada laboral tan pronto como él así que si se daba prisa terminaría a tiempo de adecentarlo antes de que lo cogiera. Después de telefonar rápidamente al trabajo para avisar de que se retrasaría, abrió su taquilla y sacó detergente y trapos. Luego llenó un cubo de agua, y se puso manos a la obra. No paró hasta dejar el vehículo limpio como una patena y luego mojó el suelo del resto del parking para que su padre no sospechara nada.

Una vez en el centro llamó a su novia entre clase y clase para explicarle lo sucedido. Ella sabría aconsejarle sobre cómo actuar ante tal afrenta. Pero fue su madre Marina quien respondió al teléfono, con una voz sobria que invitaba poco o nada a la conversación casual, al contrario que la última vez que estuvo en su casa.

—Sí está en casa pero no se puede poner. Ha tenido un ataque de ansiedad repentino y necesita descansar. El médico ha dicho que nada de visitas.

—¿Cómo? Pero ¿qué ha pasado? ¿Cuándo ha tenido el ataque?

—Esta mañana. Si te digo la verdad, no sé exactamente lo que ha pasado. Solo sé que se ha levantado un poco pachucha porque ha pasado una mala noche. Después de desayunar se ha metido en la habitación y al cabo de un rato he oído patadas en la puerta y gritos

muy fuertes, así que he entrado a ver qué pasaba.

—Y ¿por qué ha sido?

—No me ha querido explicar nada, dice que es un ataque de pánico más, que le ha venido sin razón. Necesita reposo, nada de estrés en todo el día. Así que por favor no la llames hoy, Martí. Sea lo que sea, podrá esperar hasta mañana.

—Bien. Dile por favor que la llamaré mañana de nuevo para ver qué tal está. Y dale besos de mi parte.

—Lo haré.

Martí oyó petrificado cómo Marina colgaba el auricular al otro lado del hilo. Lo del ataque no le venía por sorpresa, Olivia los sufría con cierta frecuencia desde que su madre Ana muriera. Por eso evitaban estar en sitios públicos abarrotados de gente. Pero había mejorado notablemente desde que había empezado sus sesiones con la psicóloga. En fin, si mejoraba al día siguiente iría a verla y la ayudaría en todo lo que pudiera, la quería tanto que le dolía verla sufrir. Mientras tanto, decidió llamar a Bito para ponerle al tanto del incidente y, de paso, comprobar si él sabía algo.

—Ni idea tío. ¡Qué pasada! Es que la gente está loca...

—Ya... Ayer cuando me fui ¿pasó algo raro que yo no sepa?

—No, que va.

—Y... ¿sabes algo de Carlos? Porque es mucha casualidad que me amenazara ayer y justo hoy aparezca el coche de mi padre en este estado.

—No tío. No he hablado con él desde ayer. No tengo ni idea. ¿Le has preguntado a Olivia, a ver si sabe algo?

—¿Por qué iba a saber ella algo? —preguntó Martí receloso.

—¡Ah! No sé. Pregunto por preguntar.

—No, no he podido hablar con ella. Su madre se ha puesto al teléfono y me ha dicho que ha tenido otro episodio.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé ni yo. Estaba sola cuando le ha ocurrido. Ya te explicaré cuando sepa más.

—Vale tío, que se mejore. ¡Hasta luego!

—Agur

Martí se reincorporó a su trabajo. No podía acusar a nadie sin pruebas así que tendría que investigar por su cuenta y, si era menester, tomar las medidas necesarias para que nada así volviera a suceder nunca más. Tampoco sabía si sacaría algo en claro de todo aquello, lo único de lo que no tenía duda es que aquél era el primer dedo que le señalaba desde que se metía en el armario y que aún le señalarían muchos más a lo largo de su vida. La partida acababa de empezar.

# 20 de agosto, miércoles

## Primer acto

Después de hablar con Olivia, Martí se convenció de que era mejor denunciar lo sucedido en comisaría para evitar incidentes mayores, o al menos para que le amparara la ley si éstos ocurrían (lo cual era muy probable visto lo visto). Pero le pidió a ella que le acompañara después del trabajo. Olivia entendía la gravedad del asunto así que, a pesar de su reticencia a meterse en un lugar concurrido, aceptó con la condición de que no entrarían en detalles sobre lo que había causado su recaída el día anterior. No le apetecía hablar sobre eso.

Nada más llegar al cuartel de los mossos, un policía en la entrada les indicó que se dirigieran al dispensador de números situado en la pared del fondo, al lado del mostrador de información, y esperaran en la sección de la ventanilla C donde les atenderían llegado su turno.

Cuando sacaron el número 41 Olivia miró a la pantalla electrónica colgada junto a la ventanilla C para comprobar con resignación que iban tan solo por el número 9.

—¡Mira, Oli! —exclamó él sorprendido—¿No era éste el número por el que me preguntaste antes de ayer?

Olivia reaccionó con indiferencia, esta manía de su novio de darle importancia a coincidencias absurdas la ponía un poco nerviosa y prefería no contestar siquiera. En su lugar buscó dos asientos libres y se sentaron a esperar. Solo quería que les atendieran

rápido para poder marcharse de allí cuando antes. Menos mal que Martí la ayudó a pasar el rato recordándole anécdotas divertidas que les habían sucedido en el pasado y al final no se le hizo tan largo como suponía. El problema vino cuando el cuartel empezó a aglomerarse. Entonces Martí, que en seguida se dio cuenta de que la gente la estaba angustiando, la tomó de la mano y la tranquilizó animándola a que respirara profundamente como le aconsejaba su psicóloga que hiciera en estos casos. Luego se acercó a su oído para susurrarle que evocara la imagen del mar con el agradable sonido de sus olas rompiendo embravecidas contra las rocas. Olivia siempre ponía una cara muy escéptica cuando le recomendaba que pensara en eso, pero la verdad es que funcionaba.

Por fin le llegó la vez al chico que llevaba el número 40 y eran los próximos. Ilusionados por dar por terminada aquella pesadilla se levantaron de la silla, avanzaron un par de metros y se detuvieron tras la línea de espera de color amarillo trazada en el suelo. Sin embargo, al terminar de atender al chico el policía se levantó y cedió su sitio a un compañero. Tendrían que esperar aún unos minutos más por el cambio de turno mientras la irritación de Olivia se exacerbaba. El caso es que el nuevo agente, así a lo lejos y a pesar de los reflejos del cristal que lo parapetaba, a ella le pareció conocido. Esas facciones del rostro tediosamente perfectas, esa nariz ligeramente respingona, el color de esos ojos, verdes grisáceo como un bosque en un día amenazado de borrasca, la panza que asomaba a causa de la ingestión de acumuladas cervezas tras una camisa demasiado ajustada, y esa cabellera de rizos cimbreantes y canos; todos aquellos rasgos le resultaban extremadamente familiares.

—Oye, ese es tu tío Antonio ¿no?

—41 —anunció por fin la voz grabada del marcador electrónico.

El cuerpo de Martí permanecía estático, sus ojos pasmados clavados en el cristal.

—¡41, joder! —Gritó Antonio mientras levantaba la ventanilla



para asomar la cabeza e identificar al irritante dueño del número—. ¡Hombre! ¿Qué pasa, sobrinito?

Habría preferido salir corriendo antes de que su tío le viera. Desde pequeño siempre le había provocado repulsión, con sus constantes y gratuitas bromas heteróforas y sus groserías desagradables. Por entonces pensaba que este comportamiento pudiera deberse a su condición de nuevo rico pues el dinero repentino a veces le afecta a uno en el cerebro. Ahora sabía del cierto que su tío era tosco simplemente porque llevaba la zafiedad en la sangre. Pero aun así su presencia seguía inhibiéndole, por mucho que enfundado en aquel traje de policía tan ceñido a su vientre pareciera más bien de chiste.

—¿Desde cuándo trabajabas aquí?

—Perdona que te haya gritado, no sabía que eras tú. Pues hace ya un par de semanas. Es que están reorganizando el *organigrana* de la comisaría y me han asignado este puesto temporalmente. Cosas del *défici* presupuestario. Estamos jodidos con el *gelipollas* del presidente de este puto gobierno. De mal en peor, sí señor.

Antonio siempre se las daba de erudito en todo, para lo cual trataba de emplear un lenguaje instruido que en realidad no lo era tanto pero a él se lo parecía debido a su cuestionable formación escolar. Para aquel tipo utilizar palabras como «organigrama» o «déficit presupuestario», aunque ignorando que las pronunciaba mal, era una muestra de su ilustre conocimiento léxico.

—Y ¿cómo va todo por casa, chaval? ¿Qué tal andan mis cuñados?

—Muy bien, gracias.

—¿Seguro? Me dijo Roberto hace poco que tu padre Tito tenía la espalda jodida. ¿Qué tiene? ¿Hernia tiscal de esa?

Martí se contuvo para no estallar en carcajadas:

—No, que va. No es tan grave. Es que no para quieto, cuando llega del trabajo se pone a limpiar y no descansa hasta que lo deja todo inmaculado. Y claro, por la noche acaba desmadejado y con la espalda hecha polvo.

—Pos menos mal, porque se ve que las hernias son chunguillas eh. Un vecino nuestro tuvo una y tuvieron que operarlo porque se moría del dolor, hasta cuando se sentaba en la taza del váter, se moría. Total, que a todo esto le encontraron un tumor en la vesícula pilar ésta y también tuvieron que quitársela. Un drama, chaval. Y bueno, entonces ¿para qué venías? ¿Te ha pasado algo? —preguntó interesado mientras miraba con recelo a la chica que acompañaba a su sobrino.

Martí se inquietó un poco. Sabía de sobra que el motivo de la denuncia iba a provocarle rechazo. Además Antonio se lo contaría a su padre con total seguridad y él hubiera preferido seguir manteniendo el incidente en secreto para no agravar más la situación en casa. Pero ya había tomado la decisión de meterse definitivamente en el armario, no podía tirarse atrás ahora. Habría sido una gran decepción para él mismo.

—El coche de mi padre Fermín amaneció ayer salvajemente ultrajado y quiero denunciar los hechos.

—¡No jodas! ¿Y eso? ¿Dónde estaba el coche? ¿En nuestro garaje?

—Sí. Estaba aparcado.

—Ay la hostia que se nos han colado unos hijos de cabrones en el garaje. ¿Cuántos coches han destrozado?

—Solo el de él.

—¡Ah bueno! Al menos solamente ha sido uno. Y ¿cómo se han metido los cabrones? ¿Han forzado la puerta?

—La cerradura está intacta.

—Hostia. Vamos a tener que cambiar el cerrojo por si acaso. ¡Mierda! Ya me han jodido el día estos hijos de cabrones. Bueno, pues vamos a poner la denuncia, explícame qué han hecho los desgraciados éstos.

Al principio del relato Antonio no se sorprendió demasiado, debía estar acostumbrado a ese tipo de denuncias. Sin embargo, a medida que iba conociendo los detalles del percance su expresión facial perdía el tono de despreocupación con que había recibido a los chicos y adquiría en su lugar un tono sofocado y contraído, como si estuviera indispuesto por diarrea y a punto de explotar. No quiso ver la foto siquiera. Levantó su mirada hacia Olivia aguantando la respiración y resopló las aletas de su nariz en silencio. Entonces volvió a dirigir su mirada acusadora hacia Martí y le lanzó una simple pregunta a media voz:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Pues poner una denuncia. No entiendo qué quieres decir, tío...

—Sabes muy bien lo que te estoy preguntando. ¿Qué coño vienes a hacer aquí a decirme estas cosas repugnantes? ¿En qué cojones estáis pensando, niños de mierda?

Martí y Olivia oían estupefactos a Antonio despotricar en voz baja. Estaba tan indignado que se le quebraban las palabras.

—¿Para eso has venido hasta aquí? ¡Tendréis valor de venir a exigir derechos! No, si con los padres que tienes ya me esperaba yo que ibas a salir amiconado. Será mejor que os larguéis de aquí ahora mismo si no queréis que se arme una bien gorda. —Martí no decía palabra y esto parecía que enardecía aún más el enfurecimiento del policía—. Esto en mis tiempos no pasaba. Vosotros no tenéis nada más que hacer en la vida que ir jodiendo a los demás ¿no? Sois como un cáncer, os reproducís solo para jodernos a nosotros, que solo

pedimos vivir en paz como Dios manda. Al menos espero que algún día os extirpen a todos, ¡escoria de la sociedad! No te preocupes, que ya me encargaré yo de que tus padres sepan lo que estás haciendo —añadió señalando a Martí con su índice gordo y amenazador—. Y por supuesto ni se te ocurra volver a dirigirle la palabra a Víctor, ¿te has enterado? Ya no somos tu familia, ¿te queda claro? ¡Me das vergüenza! ¡Vergüenza, me das! ¡Y ahora largo de aquí! —Remató su retahíla de imprecaciones señalando hacia la salida.

Martí concluyó que su tío era el ser más despreciable que había conocido hasta el momento y que no valía la pena replicar a tan soberbias estupideces. Durante ese tiempo tanto él como Olivia habían observado la ominosa actitud de aquel energúmeno en riguroso silencio. De pronto ella se llevó la mano al cuello e hizo un amago de tragar, pero nada se deslizó por su acartonada garganta. Sintió un temblor en las manos y al mirarlas comprobó con horror que estaban sudorosas. Empezó a sentir que el ritmo de sus pulsaciones aumentaba vertiginosamente y que algo le aprisionaba el pecho obturando su respiración. Entonces supo que estaba teniendo otro ataque de pánico. Agachó la cabeza mientras se sujetaba la frente con las palmas, adentrándose los dedos de sus manos entre los bejucos de rizos que poblaban aquella hermosa cabellera. Todo el cuerpo de la chica había empezado a temblar como si estuviera a punto de entrar en erupción, y por la forma angustiosa con que se mesaba los cabellos parecía que la cabeza le iba a estallar por momentos.

—¡Fuera de mi vista ahora mismo! —insistía Antonio mientras tanto, haciendo caso omiso al ostensible malestar de Olivia—. No quiero saber nada de vosotros, micos de mierda. La denuncia la tramitaré porque no tengo otra opción, porque me cago en el puto sistema que me obliga a hacerlo, pero si por mí fuera os pudriríais todos en la cárcel.

Para entonces Olivia yacía compungida y agachada en el suelo. Martí la ayudó a incorporarse y ambos salieron entre una multitud de testigos del escándalo. Ya fuera del local y a salvo de ojos incriminadores, Martí sacó del bolso de Olivia el bote de pastillas

que siempre portaba encima por si acaso y se las dio a tomar con un poco de agua que compró en el primer quiosco que encontró. La medicina hizo efecto enseguida, no tenía mucho tiempo para llevarla a casa antes de que se quedara dormida. Tomaron un taxi y se agarraron la mano bien fuerte mientras recorrían en silencio el rápido camino de vuelta. Con cada acelerón del taxista apretaban la mano del otro con más ímpetu, hasta que se agotaron y ya no les quedó más fuerza que la de la inercia.

## Segundo acto

Tito estaba terminando de preparar la cena cuando oyó llegar a Martí. Lo vio entrar compungido en la cocina y supuso que lo debía estar pasando peor de lo que quería reconocer. Como a cualquier padre le preocupaba seriamente el bienestar de su hijo y necesitaba averiguar hasta qué punto le había afectado un cambio de vida tan brusco.

—Estoy bien papá, solo que ha sido un día duro.

—¿Qué ha pasado?

Martí negó la pregunta sin pensárselo dos veces, pero a Tito ya no le hacían falta palabras para entender que algo andaba mal.

—¿Cómo te ha ido el trabajo hoy? —intentó llegar por otra vía a mejor puerto.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Solo bien.

—¿Y qué has hecho después del trabajo? ¿Has quedado con Olivia?

—No.

Tito detuvo sus tareas un instante para ponerse bien derecho y reforzarse la zona lumbar con las palmas de las manos. Presionó con toda la fuerza que su endeble constitución le permitía cual si tratara de remeter los muelles de un colchón listo para ser jubilado. Estaba claro que necesitaba un descanso.

—¿Hoy te tengo que sacar la palabras con sacacorchos?

Martí mintió con un tono apático:

—No he podido. He tenido que hacer horas extras en el colegio para preparar las clases de la semana que viene.

—Ah... ¿y qué tal Olivia, por cierto? —preguntó al desgairé fingiendo moderar su interés por la chica.

—No lo sé. Bien, supongo...

Ante la obvia desgana de su hijo, Tito finalmente se dio por vencido.

—Anda, pon la mesa que vamos a cenar ya.

De chiquitín Martí había pasado horas explicándole sus jornadas escolares con todo lujo de detalles: lo que habían aprendido, los deberes que le habían puesto, si se había peleado con alguien, si algún compañero se había olvidado de traer un libro... Pero todo lo que le relataba siempre era referente a anécdotas de su vida cotidiana, detalles sin trascendencia de su día a día. Nunca, nunca hablaba de sus emociones más profundas. Por eso el día en que le llamaron de la escuela cuando su hijo cumplió 8 años para explicarle lo del dibujo, al menos tenía la esperanza de que terminara por abrirse. Esa era una espinilla que siempre llevaría clavada en el corazón. Ahora su hijo seguramente se desahogaría con Olivia. Sí, ella había sabido reemplazarle a la perfección, a un nivel indiscutiblemente superior. El problema era que apenas

se había dado cuenta del momento en que se había producido ese cambio.

Tenía que admitir que nunca antes se había preocupado por saber más de ella que lo estrictamente necesario. Cuando la conoció le había parecido una chica maja y guapetona, aunque a veces demasiado tirada pa'lante, eso sí. Pero aparte de eso, no sabía decir nada más sobre la mejor amiga de su hijo. ¿Cuál era su comida favorita? ¿Le gustaba leer como a su hijo? ¿Qué aficiones compartían? ¿Era una chica alegre? Nunca le había preguntado a su hijo nada de todo eso. A veces uno prefiere no indagar demasiado para dar libertad pero ¿dónde está el límite entre eso y el desentendimiento?

Tampoco era excusa, pero de todos modos nunca habría imaginado que aquella Olivida fuera... que esa chica fuera la misma que... De haberlo sabido antes...

Cuando Martí se sentó, Fermín ya presidía la mesa con cara de perro. Mascaba un pedazo de pan que pasaba de un carrillo a otro como si se le hiciera imposible tragarlo. Sin duda aún estaba enojado por la decisión de su hijo de divulgar sus intimidades. Sin dirigirle palabra alcanzó el mando a distancia del televisor y encendió el aparato. Tito observaba la actitud de ambos y seguía dándole vueltas a sus preocupaciones a la vez que le ponía a su marido una porción de fideos a la cazuela.

—Pásame el tuyo, Martí —solicitó mientras miraba la olla calculando cuántas porciones le sobrarían para congelarlas más tarde—. ¡Martí! ¡El plato!

Tito no le sorprendió que tanto Martí como su marido tuvieran los ojos clavados al televisor, siempre que se ensimismaban con algún programa parecían un par de lechuzas. Ésta vez, sin embargo, si se hubiera mofado de ellos como lo hacía cuando los pillaba así, en plan lechucero, habría tenido que tragarse sus palabras. Lo que veían estupefactos era un reportaje del noticiero en el que acusaban a Martí y Olivia de haber causado un alboroto en la comisaría con la excusa de reivindicar los derechos de los heterosexuales. Para

reforzar esta denuncia mostraron una porción de imágenes de la recaída de Olivia, las cuales habían conseguido gracias a la grabación con móvil de un presunto testigo y carecían convenientemente de sonido. Alegaron que la chica se había tirado al suelo en muestra de protesta a pesar de que el agente les había atendido con absoluta corrección y profesionalidad.

Cuando Tito identificó al susodicho agente no pudo evitar enfurecer de rabia por la actitud de su cuñado. Mientras tanto Martí se había quedado literalmente sin palabras. Fermín, en cambio, tenía mucho que decir:

—¿Por qué nadie me hace caso en esta casa? ¿Lo ves? Ya te dije que quien avisa no es traidor. Esto es lo que pasa cuando vas por ahí aireando tus asuntos personales. ¡Ahora sí que lo sabe todo el mundo! —De fondo se oía en el televisor una crónica sobre cómo detectar a tiempo la heterosexualidad en los hijos—. ¡Pero no! A mí nadie me escucha —seguía lamentándose Fermín, colérico—. Mañana seré el hazmerreír en el trabajo. ¿Qué voy a contestar cuando me digan que tengo un hijo mico? Yo te lo diré: ¡Nada! Nada porque es verdad, ya lo han visto todos en las noticias. Y, por cierto, ¿se puede saber qué demonios hacíais en la comisaría? (...)

Martí se levantó de la mesa sin mediar palabra y se apresuró hacia el teléfono. Tito no sabía qué hacer más que maldecir su suerte por la mala racha que el infortunio había otorgado a su hijo. Le observó hablando por teléfono con Olivia. Tenía la cara descompuesta por la preocupación que se había apoderado de él. Lo que su hijo sentía por aquella chiquilla era amor, sin duda. Aquello le desconcertó si cabe aún más, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Qué podía hacer él para solucionar aquel embrollo? Martí colgó el aparato pero su semblante parecía incluso más angustiado que antes de realizar la llamada. Lo más seguro era que a Olivia no le hubiera sentado demasiado bien la noticia y ahora Martí sufría doblemente, por él mismo y por ella. Bueno, así era el amor ¿no?

No, no, no, un momento. ¿Pero a quién estaba engañando? No podía seguir adelante con aquello por mucho que se amaran, por



mucho que se quisieran el uno al otro. Sintiéndolo en el alma tenía que terminar con aquella locura cuanto antes. No tenía otra opción. No la había. Simplemente no la había.

Con la escasa decisión que pudo reunir en aquellos momentos, salió de la casa y bajó al portal. Tomó rumbo a ninguna parte mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Aun sin saber todavía cómo abordaría la cuestión, marcó un número de teléfono y se decidió al fin a aventurar:

—Supongo que sabes por qué te llamo...



# 21 de agosto, jueves

El jueves Martí se despertó exhausto. Su estado de ánimo había sufrido los altibajos de una montaña rusa durante aquella semana y su cuerpo empezaba a pasarle factura. Él creía fervientemente en la existencia de una relación física entre el cuerpo y la mente. Sobre todo desde que había oído hablar de las teorías psiconeuroinmunológicas, según las cuales las emociones de las personas eran captadas por moléculas cerebrales que se combinaban luego con otras células del resto del cuerpo humano y recorrían todo el organismo en sus correspondientes tareas fisiológicas pasando por el corazón, los pulmones, el aparato digestivo, etc. Bueno, no sabía si el proceso funcionaba exactamente así, pero iba por un estilo según recordaba.

Así que hoy se notaba empachado por las emociones de toda aquella semana. El reportaje del noticiario había causado en él una turbación que se concretaba en dos nuevas preocupaciones: la primera concernía a la reacción de su padre Fermín. Sentía ahora más que nunca haberle decepcionado como hijo. Pero no podía hacer nada al respecto por mucho que le doliera. No ahora, después de lo mucho que le había costado llegar al punto donde se encontraba. De todos modos Fermín nunca estaría complacido con el rumbo que tomara su vida. Su segunda preocupación después de lo del noticiero era que alguien del trabajo lo hubiera visto y se hubiera extendido el rumor por todo el centro. No le intimidaban tanto las probables burlas crueles de sus compañeros de oficio, sino que los niños le menospreciaran ahora que estaba empezando a encariñarse con ellos. No tenían edad suficiente para haber adquirido un criterio propio respecto a este tema, por lo que probablemente copiarían la actitud y el comportamiento de sus padres. Y Martí sabía de sobra que los niños, en sus ingenuos ataques de espontaneidad, eran capaces de lanzar el más mortífero

de los pedrejonos. Solo tenía que volver a recordar su infancia para dar fe de ello.

Tras una buena ducha se compuso para la jornada laboral con su pantalón chino azul marino y su polo de color beige a rayas azules. Al principio de dar clases en el centro vestía algo más informal, con tejanos y camisetas como lo hacía él normalmente. Pero al poco le habían advertido que debía ofrecer una imagen más profesional acorde a su desempeño en el colegio. Se sentó pues a la mesa de la cocina para desayunar aunque apenas logró probar bocado porque seguía sintiendo el estómago cerrado. Al menos hoy sus padres ya se habían marchado al trabajo y no tendría que enfrentarse a Fermín a esas horas tempranas. Y además ya era jueves, el fin de semana estaba a punto de llegar. Le apetecía meditar acerca de todo lo que le había acontecido esa semana. Después llamaría a Olivia para comprobar qué tal se encontraba hoy, y si ella prefería descansar a solas en vez de encontrarse con él al atardecer, quizás iría al parque a observar a las parejas de transeúntes aunque aún no fuera viernes. Y por primera vez en su vida ya no los miraría con envidia, sino que se sentiría al fin su semejante: libre para estar con quien amaba, igual que ellos.

Martí comprobó la hora en su reloj de pulsera. Siguiendo la recientemente adquirida costumbre de quedarse enfrascado en sus muchas y complejas reflexiones, había vuelto a ignorar que el tiempo avanzaba sin necesidad de su aquiescencia, así que salió de casa raudo para no llegar tarde.

En el garaje todo se veía normal. Quien fuera que hubiera perpetrado la fechoría del coche de su padre parecía haberse templado. Quizás se había enterado de lo de la denuncia y eso le había echado para atrás. Bueno, ahora que se daba cuenta quizás no. Seguramente se había enterado después del infame reportaje en el noticiario. Vería por cuánto tiempo le duraría la calma.

Se subió a la moto y tras colocar las manos sobre los manillares agachó la cabeza a esperar unos instantes antes de girar la llave de contacto. No hubiera debido entretenerse aún más, pues ya iba muy

justo de tiempo, pero sin saber por qué creyó que debía hacerlo; para terminar de colocar sus pensamientos en orden, sobretodo. De este modo se dispuso a clasificar todos los recuerdos que conservaba tras los acontecimientos de aquella semana según el regusto que le hubieran dejado en buenos, malos y regulares.

Empezó revisando los malos. Esta lista parecía en principio no demasiado extensa aunque la gravedad de cada uno de sus componentes era considerable: las diversas discrepancias con Fermín, el destrozo en el coche de su padre, el incidente de la comisaría con su tío Antonio, el ataque de pánico de Olivia, y el dichoso reportaje. Ahora pasaba a los regulares: su enfrentamiento con Carlos, que le daba pena porque él era un chico pacífico ante todo, pero que en el fondo le importaba un comino. Tampoco es que fueran inseparables, así que en realidad le daba absolutamente lo mismo si a Carlos le molestaban o no sus inclinaciones sexuales, ¡faltaría más! Por último, los recuerdos buenos: la confesión de su heterosexualidad —éste valía como dos, o incluso podía estirar hasta tres, de los de la lista mala—, su regalo de cumpleaños en el Camp Nou, la vuelta de Olivia de su excursión al campo —éste también valía por dos, la había echado demasiado en falta—, y la salida de Bito en su defensa ante Carlos, que le había dejado una sensación especialmente entrañable recordándole a aquel tiempo en que la amistad entre ambos estaba por encima de todo lo demás. En total tenía cinco en la lista mala, uno en la regular, y seis en la buena (contando doble los ya mencionados). No estaba mal.

Cuando al fin consideró estar preparado agarró la llave de contacto y procedió a girarla. El gruñido del motor a dos tiempos de su vieja scooter resonaba en el garaje por efecto del eco. En aquel local tan grande el susurro más tenue se convertía en un rugido bravío al chocar contra las sombrías paredes y volver en forma de onda reflejada. Retiró con el talón del pie el caballete lateral y le dio al gas. Tan solo unos metros más allá se detuvo y volvió a colocar el caballete. Había notado la vibración de su móvil y buscaba el aparato en el bolsillo lateral de su bolsa.

—¿Sí? —contestó prestamente.

—Buenos días. ¿Es usted el señor Martí Carrero? —preguntó una voz masculina, aunque ligeramente atiplada, con un marcado acento de la Cataluña profunda.

—Sí, yo mismo.

—Hola señor Carrero. Al habla Don Héctor Carrasco, en nombre de A.L.A., Abogados Letales Asociados, el bufete que asesora al centro Les Enfants donde, según tengo entendido, usted trabaja temporalmente.

—Sí, ¿ha sucedido algo?

—Veo aquí que le hicieron un contrato temporal de tres meses de los cuales ha completado... ¿casi dos?

—Así es.

—Bien. Le llamo porque la dirección del centro me ha pedido que le informe de que vamos a rescindir su contrato.

—¿Cómo? Pero... ¿por qué?...

—Pues mire usted: ha habido quejas entre los alumnos sobre su falta de disciplina y profesionalidad en las clases.

—¿Qué?

—Debido a este preciso motivo, el consejo de profesores ha revisado los resultados de los tests que han realizado los alumnos durante estos casi dos meses de tiempo, y han llegado a la conclusión de que no alcanzan las expectativas. De hecho, están muy por debajo de las expectativas.

—Pero si no les he pasado ningún examen, el curso no tiene validez académica. Es solo para que los padres tengan dónde dejar a los niños en verano.

—Bueno, verá usted. El hecho de que no tenga validez académica no significa que no deban aprender. Si los resultados no son los adecuados habrá que hacer algo para remediarlo. ¿No cree usted?

—Pero si le estoy diciendo que los alumnos no han hecho ningún examen. ¿Se puede saber qué tests han mirado?

—Oiga usted, le ruego no quiera tomarme el pelo. ¿Me está usted queriendo decir que la directiva del colegio no está lo bastante capacitada para juzgar si su trabajo es satisfactorio o no?

Martí no supo qué contestar a eso.

—Bien, eso creía. Prosigamos, pues. Como iba diciendo, debido a su falta de profesionalidad y dudosa competencia como profesor, y a los últimos y frecuentes retrasos o ausencias, el consejo de padres y tutores ha decidido interrumpir su clase por el momento; supongo que no hará falta darle más explicaciones.

—Sí hará falta —objetó con contundencia—. No entiendo por qué ahora, de repente, se cuestiona mi profesionalidad cuando nadie ha tenido ningún problema anteriormente.

Tras un breve paréntesis el abogado añadió en tono reservado:

—Señor Carrero, si le tengo que ser franco los padres de los alumnos no están de acuerdo con que sus hijos sean educados por un heterosexual ya que esto podría repercutir en la orientación sexual de los niños.

—Eso es absurdo.

—Obviamente esta es una confidencia que me ofrezco a proporcionarle para su tranquilidad personal, y si me apura también profesional, pero la versión oficial será la que le he anunciado en primer lugar así que no tiene usted nada que hacer al respecto. Si se le ocurre contarle a alguien lo que le acabo de decir,

lo negaré rotundamente. Y supongo que ya debe adivinar a quién creerán si se diera ese caso. También sabrá que las grabaciones sin consentimiento de cualquier conversación, sea o no telefónica, no se admiten a juicio. En definitiva, está usted despedido. ¿Alguna pregunta?

—Esto es una vergüenza. No sé cómo tiene el valor de prestarse a defender esta clase de causas.

—Bien. Una vez aclarado este asunto —continuó el abogado soslayando la reclamación de Martí—, le aconsejo que se ponga en contacto conmigo para solucionar algunos temas pendientes de índole administrativa y le ruego que no se acerque más por el centro, ni siquiera para despedirse.

—¿Ni siquiera puedo ir a dar una explicación?

—Créame señor Carrero, nadie quiere oír su explicación. Me puede localizar en el número que le aparece registrado en la pantalla de su móvil.

—Espere, por favor. Necesito despedirme de los niños, al menos.

—Le aconsejo fervientemente que se abstenga de hacerlo. Espero su llamada como le he dicho. Buenos días.

Martí permaneció sentado sobre el sillín de la moto sin saber cómo reaccionar. Esto superaba sus presagios más atroces. Ingenuamente había creído que a lo sumo se burlarían de él, que probablemente sería la comidilla del colegio e incluso tendría que aguantar algún desaire. Pero ni mucho menos los consideraba capaces de echarle así, sin más; y lo que le pasmaba aún más, sin apenas tratar de encubrir la auténtica razón de su despido. Por supuesto que había oído hablar de casos como ése, y también de circunstancias mucho peores. Pero nadie espera nunca que este tipo de desgracias le acontezcan a uno mismo. Se sentía insondablemente ofendido por lo absurdo del asunto: le habían destituido solamente



porque le gustaban las mujeres. Era obvio que no les importaba la eficacia de sus funciones, lo único que tenían en cuenta era sus tendencias sexuales. Lo miraba como lo mirara, aquello era ridículo por partida doble: por la naturaleza del asunto en sí y porque era algo sobre lo que él carecía de dominio. ¿Por qué querían castigarlo por algo que él no podía controlar?

Todavía le resonaba en el cerebro la facundia de aquel miserable abogado. Su actitud impasible y cruel se le había incrustado a Martí en las entrañas. Pero lo peor iba a ser no poder despedirse de los niños. La verdad, le habría dolido menos si le hubieran clavado la punta del estoque más afilado en el mismísimo corazón, y después hubieran acomodado a sus pies al perpetrador de la iniquidad a la que estaba siendo sometido para que abriera la boca y esperara ansioso a que las gotas sangrientas que brotaran de la herida le sirvieran de sustento.

Llamó a Olivia al teléfono móvil para oír su voz reconfortante. Sentía la urgente necesidad de hablar con ella en ese preciso instante. Marcó el número plenamente consciente de que se había vuelto adicto a ella, quizás debido a la gran cuantía de ocasiones en que la había usado como paño de lágrimas. Si su ex terapeuta analizara la adicción de Martí a Olivia, posiblemente acabaría concluyendo, después de una inversión razonable de euros en sesiones poco productivas, que con ella había reemplazado su anterior adicción al refresco de cola. Bueno, existían en el mundo miles de adicciones que la gente ni siquiera se dignaba a admitir, a saber: la dependencia al sueño, al televisor, al sexo, a las películas porno, a los videojuegos, a chatear por Internet, a la pereza, a la espiritualidad... Él se había convertido en un adicto afectivo y estaba enfermo de amor. Le unía a Olivia una conexión especial, se atrevería a decir que casi patológica porque ella completaba su ser como la cabeza fosfórica de una cerilla a su fina varilla, como la mina de un lápiz a su cuerpo de madera, como la historia de un libro a sus páginas, o como la corrupción a un gobierno. Sin ella simplemente no funcionaba, al menos él tenía la decencia de reconocerlo. Y a pesar de que era consciente de que eso no le daba derecho a utilizarla a su antojo cuando tuviera mono de ella, lo hacía de todos modos.

El teléfono sonó varios tonos, pero no hubo respuesta. Pensó que se debía haber dejado el móvil en el bolso o en algún lugar fuera de su alcance auditivo. Sin darle la mayor importancia procedió a marcar el número de su casa. De nuevo dejó sonar varios tonos sin que nadie levantara el auricular al otro lado del hilo. Marcó por segunda, y luego por tercera vez el número del móvil y el de casa sin obtener contestación. Hasta que al fin se dio por vencido.

Martí seguía sentado en la moto, decaído y consternado. ¿Qué iba a hacer ahora? Esta vez su sustentáculo no acudía a su reclamo y por primera vez en mucho tiempo no sabía qué hacer. Se preguntaba por qué nadie contestaba al teléfono. El móvil no estaba apagado ni fuera de cobertura. A menos que, insólitamente, lo hubiera dejado en silencio y se le hubiera olvidado volver a ponerle sonido al aparato; o que, como se le había ocurrido antes, lo hubiera guardado en algún lugar desde donde no podía oírlo. Pero si ése era el caso, ¿por qué nadie contestaba en casa? Era demasiado pronto para que Olivia hubiese salido. ¿Quizás dormía profundamente? Obviamente, se entendía que estuviera agotada después de tanto ajeteo. Sobre todo tras haberse visto actuar como una loca en la televisión del canal nacional. Pero ¿y su madre? Marina debiera haber contestado, solía marcharse al trabajo hacia las ocho y media, no antes de hacer el desayuno y dejar, al menos, una lavadora preparada. Aquello le producía extrañeza y preocupación. Algo estaba pasando.

De pronto sonó su teléfono móvil. Sacó el aparato con premura esperando que se tratara de Olivia.

—¿El señor Martí Carrero? —preguntó una voz desconocida, en esta ocasión femenina, afable y sin acusado acento geográfico.

—¿Otra vez? —pensó mientras contestaba hastiado: — El mismo.

—Buenos días. Le llamo de la Clínica Full Moon de Barcelona.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martí preocupado.

—Tenemos una paciente aquí que nos ha solicitado le informemos sobre su ingreso ayer noche.

—¿Olivia? ¿Qué le ha pasado?

—¿Olivia? No, no. Se trata de la señora Marina Sánchez.

—¿Marina? ¿Marina le ha pedido que me llame? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un colapso nervioso y ha tenido que ser hospitalizada por problemas psiquiátricos.

—¿Cómo? ¿Pero por qué?

—Verá... tengo malas noticias para usted... La señora Marina desea que le comunique que su hija falleció ayer noche en un accidente doméstico. Cayó por la ventana mientras la limpiaba subida a una escalera. Ella lo descubrió al volver del trabajo y tuvo que ser ingresada inmediatamente para recibir atención médica. Mis más sinceras condolencias...

Martí relajó los dedos que sostenían el móvil, dejándolo caer derrotado al suelo después de que rebotara sobre la carrocería de la moto.

—¿Hola? —La enfermera se inquietó al no oír respuesta.

Martí reaccionó unos segundos después bajándose de la moto. Iba a recoger el aparato que yacía inerte sobre el suelo pero se detuvo antes.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Hola?

Martí ni siquiera oyó aquella última pregunta. Dio media vuelta y salió del garaje con la mirada perdida en el suelo. Se dirigió a su portal, subió a pie más muerto que vivo los cuatro pisos que lo separaban de su casa, abrió la puerta de su vivienda dejándola

entreabierto tras de sí y se quedó de pie en la entrada, esperando.

Y cuando se termina la felicidad, ¿qué? Entonces solo queda volver a esperar.